

**XXIV** *Concurso de cuento*  
**Ramón de Zubiría**

---







R de Zubiría J

***Ramón de Zubiría Jiménez***

*Rector y profesor emérito de la Universidad de los Andes*

*1922 - 1995*



**XXIV**

*Concurso de Cuento*

**Ramón de Zubiría**



Vigésima cuarta edición, 2020

© Asociación de Egresados de la Universidad de los Andes  
UNIANDINOS  
© Dirección Arte & Cultura

Presidente Nacional: Jaime Augusto Santos Suárez  
Gerente: María Alexandra Gruesso Sánchez

Sede Nacional  
Calle 92 No. 16-11  
PBX: 616 22 11  
<http://www.uniandinos.org.co>

ISSN: 2539-3286

#### **Dirección Cultural Uniandinos**

Gestión editorial: Samuel Mejía Tickner  
Diseño y diagramación: Gabriela Pardo Beltrán  
Corrección de estilo: María Cristina Vega Orjuela  
Fotografía: Frank Sánchez

#### **Gestores del concurso**

María Cristina Vega Orjuela y Jorge E. Franco Gómez

#### **Ilustraciones**

Portada: María Alejandra Parra  
Interiores: Estudiantes clase Ilustración 2020  
Docente: Carolina Rojas  
Facultad Arquitectura y Diseño  
Universidad de los Andes

#### **Impresión:**

XPress Estudio Gráfico y Digital SAS Cra 69h No. 77-40  
Correo electrónico: [periodicas@etb.net.co](mailto:periodicas@etb.net.co) Teléfono: 2684439

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en todo o en parte ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en algún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia ni cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de Uniandinos.

*La Asociación de Egresados de los Andes  
(Uniandinos), agradece la participación de  
todos los concursantes y las personas que han  
hecho realidad esta aventura literaria*



# Índice

|  |     |
|--|-----|
| <b>01 ♦ Presentación</b>                 | 11  |
| <b>Prólogo</b>                           | 12  |
| <b>Recordando a don Ramón</b>            | 14  |
| <b>Memoria del concurso</b>              | 16  |
| <b>Análisis del concurso</b>             | 21  |
| <b>Relación autores y cuentos</b>        | 28  |
| <b>02 ♦ Cuentos ganadores</b>            | 33  |
| La tarde                                 | 35  |
| Estoy listo                              | 47  |
| Agua                                     | 55  |
| Recuerdos de altamar                     | 67  |
| Devastadora                              | 79  |
| El patatús                               | 89  |
| El amor del abuelo                       | 97  |
| De un lado la pared y otro el precipicio | 107 |
| La física, la química y el cielo         | 115 |
| Los últimos Ciendúa                      | 127 |



## Presentación



En Uniandinos la cultura y sus diversas manifestaciones han sido estructuras fundacionales desde sus inicios. Fue en 1996 cuando se creó el Concurso de Cuento Ramón de Zubiría como iniciativa planteada por María Cristina Vega, historiadora y lingüista, y Jorge Enrique Franco, ingeniero civil. La Asociación entonces, dio soporte institucional al certamen, para perpetuar la vocación de una figura emblemática en el campo de la cultura, el saber y la academia de la Universidad de los Andes, rindiendo homenaje al nombre y la memoria del Maestro.

Para la Dirección Cultural de Uniandinos, es un honor continuar potenciando y prolongando el impulso creativo y narrativo de los miembros de la Comunidad Uniandina Extendida. En esta oportunidad, contamos con el apoyo de la clase de Ilustración del Departamento de Diseño de Uniandes, para incursionar en el uso de imágenes creadas de manera puntual para esta versión. Con este gesto, esperamos transmitir, en síntesis, el sentimiento del certamen que ha perdurado en estos 24 años.

Sugerimos hacer ilustraciones internas de cada cuento y elaborar 20 propuestas para la portada. Por deliberación, la imagen seleccionada para la portada fue Tejido Natural creada por Alejandra Parra. Es evidente que, bajo la instrucción de la profesora Carolina Rojas, los estudiantes desarrollaron un excelente trabajo, con el cual nos sentimos muy honrados, debido a la calidad de las obras seleccionadas, para los cuentos y las portadas.

Para el equipo de la Dirección Cultural de Uniandinos, Gabriela Pardo, Samuel Mejía y Carlos Ovalle, es muy grato hacer tangible y visibilizar el valioso trabajo que hay detrás del presente libro. Esperamos que lo disfruten de la misma forma, como lo hicimos nosotros.

### **EQUIPO ARTE Y CULTURA**

*Uniandinos*

## Prólogo



### Al poder nuclear de los cuentos

Durante generaciones, el cuento se consideró una valiosa opción recreativa que, transmitía tradiciones, historias fantásticas y cuentos de hadas que aportaban enseñanzas con sus moralejas, mitos, leyendas y, argumentos sencillos que sus personajes narraban dentro de la realidad y la ficción. Hoy, la narrativa escrita lucha por sobrevivir, frente a la virtualidad. Las redes sociales globalizan una cultura light y se subvalora el poder de las palabras y las metáforas, por influir en el destino social y político; en la felicidad de núcleos sociales; en la salud mental y espiritual de las personas. Los escritores contemporáneos nos evitan que metamos las manos en el lodo, para evaluar y elegir opciones existenciales. Hoy, se necesita de valor para escribir algo que tenga resonancia. Un exquisito manejo del lenguaje y una modesta erudición humanista, fluyen del esfuerzo, donde cada uno escribe desde su propia óptica. Para muchos, es el inicio en una aventura literaria que, le permitirá expresar sus silencios, gritos del alma y fantasías o, empuñar una espada como bandera imaginaria de voceros de ignorancias mudas, apáticas e indiferentes que, necesitan que alguien narre por ellos. El tiempo parece haber olvidado su cronología y, se repiten muchos episodios oscuros.

Es muy difícil ser jurado en un concurso, donde la calidad en la producción es tan homogénea, a pesar de que cada autor, haya sido inspirado por imágenes diferentes. Como lector, disfruté con gran placer, de la belleza y factura de los cuentos, porque cada uno me permitió descubrir nuevas facetas y hasta limitaciones de mi propio mundo, incluidas nuevas propuestas para mi creación literaria. Sé que todos somos fruto de diferentes lecturas y lazarillos. Se gana por el solo hecho de concursar y atreverse a enfrentar una página en blanco. Se requiere de valor para escribir en primera persona, especialmente para las escritoras y, tratar de

complacer a lectores desconocidos. Al recrear recuerdos de su juventud, algunos me permitieron revivir, observar, relacionarme y comprender mejor, nuestra historia, nuestro país, nuestro Universo. Nada nos ilumina más, que hablar con nuestros muertos. El silencio solo le aporta oscuridad al lector contemporáneo. Me encanta leer a los voceros de los ignorados, los que reivindican historias distorsionadas. Hay que aprender a leer, decodificar y cuestionarnos, aunque en un alto porcentaje, escribimos lo que vivimos y sentimos, lo que es visceral para nosotros.

El tiempo contemporáneo y, el estrés del diario sobrevivir, se han convertido en enemigos de la cultura, de los textos largos y las narrativas clásicas. Es mucho lo que el cuento le puede aportar a una sociedad de ciegos, sordos y mudos. Hay un compromiso histórico para despertar espíritus cobardes, facilistas y apáticos frente a la realidad. Una página en blanco, puede contribuir en diferentes tipos de saneamiento. Creemos que muchas cosas son normales, cuando no lo son y por eso, hay que valorar el poder de las palabras, el valor del cuento para no morir jóvenes de miedo. Es curioso que año tras año, el concurso de cuento Ramón de Zubiría, exprese como una radiografía, la realidad de nuestra época.

Agradezco la confianza de los gestores del Concurso, al solicitarme el prólogo en nombre de mis compañeros de jurado: Isaías Peña y Nahum Montt, a cuyos familiares afectados por el temible covid, les deseo una pronta y feliz recuperación.

Para los queridos participantes o emprendedores literarios, les solicito crecer y consolidarse como escritores, trabajar, leer, escribir y escribir... Como verdaderos enamorados de las palabras.

**HÉCTOR JULIO CEDIÉL GUZMÁN**

*Jurado XXIV Concurso Ramón de Zubiría*

## **Al recordar a don Ramón**



No quiero hablar de ese 3 de julio de 1995, cuando se fue don Ramón de Zubiría. Quiero hablar de su presencia. De su afecto y su ternura para hablar y encantar a sus oyentes. De su prodigiosa voz de bajo para cantar boleros, cumbias y sones cubanos. De la impresionante serenidad emanada de sus azules ojos. De su mirada franca y cordial. De su palabra apasionada para hablar de los autores que amaba, divulgaba y enseñaba a amar.

Don Ramón para todos y Tito para sus íntimos, fue amigo de quien quiso serlo. Estuvo atento a dar consejo, voz de aliento y su opinión a quien la solicitara. Estar cerca de él fue participar de su fortaleza espiritual e intelectual. Hacia 1967, apareció en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes y compartió nuestras clases como un alumno más. Era nuestro compañero Rector que junto con Carmencita, cimentaba sus raíces humanísticas en la Universidad. Su boina y su bastón fueron tan característicos como su gesto oportuno y galante para encender el cigarrillo de las damas.

Descollaba por su capacidad analítica, la agudeza de su ingenio, su brillante pensamiento y la facilidad para el diálogo. Sostenía sus puntos de vista con argumentos convincentes sin desdeñar la opinión contraria. Magistral expositor y excelente escucha. Transmitía confianza y calor con su mirada. Su cultura se advertía en todos sus ademanes y en ese modo especial para tratar a cada quien. Estar a su lado, era estar a gusto y participar de su amor por la vida, por el arte, por la música, por la poesía, por la historia... Gigante intelectual, siempre tuvo la talla de su interlocutor; por este motivo, su presencia era tan familiar y tan cercana. Un igualado para todos.

Enamorado de la poesía de Antonio Machado, la sentía, la vivía y la transmitía. En su interpretación, recorrimos los amplios caminos de Cas-

tilla. Pedro Salinas, desmenuzado en detalle por su análisis conceptual y lingüístico, llegó a ser un autor familiar para muchos de nosotros. Evocaba las figuras y la poesía de la Generación del 27 y en especial, a Federico García Lorca, cuya muerte no se cansó de lamentar, y sus versos gitanos repetía una y otra vez. Admiraba, comentaba y nos leía, trozos de Candelario Obeso, Gabriel García Márquez, Guillén, Cernuda y muchísimos más. En el campo de la literatura, don Ramón siempre tuvo disponible el verso o el texto señalado, la frase precisa, el tema apropiado.

Amante del género dramático, acompañó a Fanny Mickey en su lucha por popularizar y organizar el teatro. Su llegada a las sesiones de la junta del Teatro Nacional se convirtió en una especie de ritual para aportar sus criterios y experiencias. Siempre dispuesto a contribuir con el acervo cultural del país, no se cansó de mirar con optimismo su futuro. Entusiasta y partidario de la creación del Ministerio de Cultura, lo esperó con impaciencia.

La música fue para Tito, la expresión genuina del sentimiento y una especie de afición clandestina. Con Leonel Parra a quien quiso como a un hijo, formó un dúo incomparable; antes de cada canción, recordaba el intérprete, el motivo, la inspiración o la vertiente cultural. Rodeados de los contertulios, en la fría noche bogotana y acompañados por la guitarra del Indio, surgían boleros inolvidables y sentidos; emotivos y desconocidos sonos cubanos y el vasto folclor de la música caribe. “Ponme tu mano, negra” fue súplica y arrullo en su fantástica voz de bajo, mientras bailamos de su autoría, “Apágame la vela María”.

¿Que Ramón de Zubiría está muerto? Mentira, su presencia se siente en todas las empresas que acometió y que hoy perduran: la Universidad de los Andes, sus discípulos y condiscípulos, el Ministerio de Cultura, el Teatro Nacional, sus escritos... Y en este concurso de cuento que Jorge Enrique Franco y yo, creamos en su memoria. Como una premonición, su pasado siempre estará en presente en el devenir histórico y cultural de Colombia.

**MARIA CRISTINA VEGA ORJUELA**

*Fundadora y gestora del Concurso de cuento Ramón de Zubiría*

## Memoria del concurso



### Primera versión (1996)

**Jurado:** Germán Arciniegas: historiador y escritor; Elsy Bonilla: directora del Departamento de Literatura de la Universidad de los Andes; Juan Gustavo Cobo: poeta y ensayista; Bernardo Hoyos: escritor y libretista; y Philip Potdevin: novelista.

**Ganador:** *Un olor tenue de geranios*, de María Mercedes Andrade Restrepo

### Segunda versión (1997)

**Jurado:** Juan Gustavo Cobo: poeta y escritor; Jairo Aníbal Niño: escritor; y Jorge Restrepo: periodista.

**Ganador:** *La estrella del descubrimiento*, de Mario González Restrepo

### Tercera versión (1998)

**Jurado:** Jairo Aníbal Niño: escritor; Jorge Restrepo: subdirector de El Tiempo; y Andrés Valencia: embajador de México.

**Ganador:** *¿Salado?*, de Manuel José Castañeda Daguer

### Cuarta versión (1999)

**Jurado:** Fernando Charry Lara: poeta; Jaime González Parra: académico; y Jorge Valencia Jaramillo: poeta.

**Ganador:** *Una máquina para matar*, de Germán Téllez

**Quinta versión (2000)**

**Jurado:** Flor Romero: escritora; Jorge Valencia Jaramillo: poeta; y Horacio Gómez Aristizábal: jurista y escritor.

**Ganador:** *Comunicación*, de Javier Enrique Quintero

**Sexta versión (2001)**

**Jurado:** Mercedes Suárez Pico de Coaña: representante de la Universidad de Salamanca en Colombia y miembro de la Real Academia Española; Ignacio Chávez Cuevas: director del Instituto Caro y Cuervo; y Consuelo Mendoza: periodista.

**Ganador:** *El exorcista*, de Juan Camilo González

**Séptima versión (2002)**

**Jurado:** Horacio Bejarano Díaz: académico; y Ángela María Mejía Gutiérrez: directora de bibliotecas de la Universidad de los Andes.

**Ganador:** *Incendio en el caserío*, de Humberto Espinosa Bula

**Octava versión (2003)**

**Jurado:** Ángela María Mejía Gutiérrez: directora de bibliotecas de la Universidad de los Andes; Jorge Restrepo Trujillo: subdirector de El Tiempo; y Germán Puerta Restrepo: astrónomo.

**Ganador:** *Comunicado Espacial 001*, de Óscar Rodríguez Nieto

**Novena versión (2004)**

**Jurado:** Fernando Soto Aparicio: escritor y guionista; Fernando Corredor Muñoz: dramaturgo; y Germán Puerta Restrepo: astrónomo.

**Ganador:** *Contratiempo*, de María Paula Saffon Sanín

### **Décima versión (2005)**

**Jurado:** Fernando Soto Aparicio: escritor y guionista; Flor Romero: escritora; y Gustavo Álvarez Gardeazábal: escritor.

**Ganador:** *La taza del desayuno*, de María Juliana Martínez Orozco

### **Undécima versión (2006)**

**Jurado:** Flor Romero: escritora y periodista; María Luisa Ortega: directora del Departamento de Literatura de la Universidad de los Andes; y Patricia Lara Salive: periodista y escritora.

**Ganador:** *La ciencia del amor*, de Rodrigo Querubín Londoño

### **Duodécima versión (2007)**

**Jurado:** Flor Romero: escritora y periodista; José Fernando Isaza: rector de la Universidad Tadeo Lozano; y Jorge Consuegra: periodista y publicista.

**Ganador:** *Escena de caza*, de Germán Puerta Restrepo

### **Decimotercera versión (2008)**

**Jurado:** Myriam Garzón González: directora de la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano; Carlos Ossa Escobar: rector de la Universidad Distrital y Jorge Consuegra: periodista y publicista.

**Ganador:** *Piedad*, de Luis Eduardo Avella

### **Decimocuarta versión (2009)**

**Jurado:** Robert Max Steenkist: literato y master de estudios en publicación; Antonio Cagua Prada: doctor en Periodismo y Radiodifusión e Iván Zuluaga Gómez: guionista de cine, televisión y teatro.

**Ganador:** *Yaiban Kua*, de Ricardo Granados Sarmiento

**Decimoquinta versión (2010)**

**Jurado:** Dora Castellanos: poeta y periodista; Robert Max Steenkist: literato y Magister en estudios de publicación; Alberto Abello: periodista y editor general del periódico El Nuevo Siglo.

**Ganador:** *Lo que un príncipe necesita*, de Sebastián Gil Parga

**Decimosexta versión (2011)**

**Jurado:** Florencio Salazar Adames: embajador de México; Augusto Saraiva Peixoto: embajador de Portugal; Alberto Abello: periodista y editor general del periódico El Nuevo Siglo.

**Ganador:** *Amor verdadero*, de Beatriz Peña Dix

**Decimoséptima versión (2012)**

**Jurado:** Juan Gustavo Cobo Borda: poeta y ensayista; Bernardo Vanegas Montoya: diplomático, abogado y docente; Francisco José Latorre Vargas: diplomático, escritor y académico.

**Ganador:** *Sandro de América*, de Henry Posada

**Decimooctava versión (2013)**

**Jurado:** Raúl Vallejo Corral: embajador de Ecuador; Juan Gustavo Cobo Borda: poeta y ensayista; Wilmar Díaz Santamaría: director Humanidades Universidad Militar Nueva Granada.

**Ganador:** *La noche equivocada*, de Luis Daniel Mesa Pinzón

**Decimonovena versión (2014)**

**Jurado:** Jorge Reynolds Pombo: científico, poeta e historiador; David Rubio Rodríguez: historiador y gestor cultural; Ángela María Mejía Gutiérrez: Directora Bibliotecas de la Universidad de los Andes.

**Ganador:** *Anaina la mujer*, de Ricardo Valcárcel

### **Vigésima versión (2015)**

**Jurado:** Raúl Vallejo Corral: embajador de Ecuador; Juan Gossáin Abdallah: escritor y periodista; Rodrigo Llano Isaza: periodista e historiador.

**Ganador:** *Instrucciones para leer una novela*, de Eduardo Salas

### **Vigesimoprimera versión (2016)**

**Jurado:** Cristina Maya: poeta y analista literaria; Betssy Wilches de Rodríguez: abogada y diplomática; Juan Camilo Rincón: crítico literario y periodista.

**Ganador:** *Mujercita*, de Rogelio Sampa

### **Vigésimosegunda versión (2017)**

**Jurado:** Nohora Elizabeth Hoyos Trujillo: gestora educación, ciencia y tecnología; Olympto Morales Benítez: politólogo, académico y escritor; Héctor Cediél Guzmán: publicista, poeta y escritor; Eduardo Berhertz Valencia: ingeniero, vicerrector de la Universidad de los Andes.

**Ganador:** *Tal vez a Bruto también le tembló la mano*, de Lina María Munar Guevara

### **Vigesimotercera versión (2018)**

**Jurado:** Emel Rojas Castillo: investigador, político y poeta; José Luis Díaz-Granados: gestor cultural, novelista y poeta; Mario Barrero Fajardo: doctor en Literatura, profesor de la Universidad de los Andes.

**Ganador:** *De amores, tragedias y revoluciones*, de Carlos Alberto Gómez Acuña

### **Vigesimocuarta versión (2019)**

**Jurado:** Nahum Montt: literato y escritor; Héctor Cediél Guzmán: pintor, poeta y escritor; Isaías Peña Gutiérrez, abogado, escritor y periodista.

**Ganador:** *La Tarde*, de Diana Carolina Andrade Melgarejo

## Análisis del XXIV Concurso



El concurso de cuento Ramón de Zubiría es nuestra más amada y bella aventura literaria en Uniandinos, que ha llegado a la versión XXIV. Desde su creación, se han presentado cerca de 2.000 cuentos para concursar y por eso, es uno de los pocos concursos de cuento que, en Colombia, ha sobrevivido y logrado continuidad en el tiempo. En el año 2020 tendremos la versión XXV. ¡Un cuarto de siglo! Fecha memorable en la cual, todos debemos participar y recordar. Acompañenos con sus cuentos. No olviden escribir sus sueños, porque algún día, se convertirán en realidad.

En la convocatoria de 2019, se presentaron 92 participantes con 135 cuentos. El jurado estuvo integrado por Isaías Peña Gutiérrez, abogado con estudios de literatura hispanoamericana, escritor y periodista. Nahum Montt, literato con maestría en Educación y escritor. Héctor Cediél Guzmán, publicista, pintor, poeta y escritor. Todos de reconocida experiencia literaria.

El jurado del cuento que, es autónomo e independiente de la Asociación de egresados y de la coordinación del concurso, escogió los siguientes cinco ganadores:

♦ Primer puesto:

**Diana Carolina Andrade**, con el cuento *La tarde*, usó el pseudónimo *El bici*. Diana Carolina es egresada de Economía y afiliada a Uniandinos.

♦ Segundo puesto:

**Nicolás Munévar**, con el cuento *Estoy listo*, usó el pseudónimo *Un sauce*. Nicolás es estudiante de Economía de Uniandes.

♦ Tercer puesto:

**Catalina Cortés**, con el cuento *Agua*, usó el pseudónimo *Alice Lidell*. Shirley es familiar de afiliado y cursa estudios literarios.

- ♦ Cuarto puesto:  
**Sonia Carolina López** con el cuento *Recuerdos en altamar*, usó el pseudónimo *Barcelona*. Sonia Carolina es familiar de afiliado y estudió Arquitectura.
- ♦ Quinto puesto:  
**Martha Susana Peralta**, con el cuento *Devastadora*, usó el pseudónimo *Artemisa*. Marta Susana es egresada de Literatura y Derecho y afiliada a Uniandinos.

El jurado otorgó mención de honor a los siguientes cinco cuentos:

- ♦ *El patatús* de **Clara de Borrero**, que firmó con el pseudónimo *Alé Montero*. Clara es traductora y familiar de egresado.
- ♦ *El amor del abuelo* de **Eduardo Salas Silva**, que firmó con el pseudónimo *José Eustacio*. Eduardo es egresado de Arquitectura de Uniandes.
- ♦ *De un lado la pared y del otro el precipicio* de **Camilo Antonio Arias**, que firmó con el pseudónimo *George Harrison*. Camilo es egresado de Economía e Historia y, tiene maestría en Economía de Uniandes.
- ♦ *La física, la química y el cielo* de **Claudia Lago Moreno**, que usó el pseudónimo *Antonia Stormi*. Claudia es egresada Ciencia Política con maestría en Educación, y está afiliada a Uniandinos.
- ♦ *Los últimos ciendúa* de **Andrés Felipe Velásquez**, que usó el pseudónimo *Lobo*. Andrés es egresado de Química, tiene maestría en Periodismo, y está afiliado a Uniandinos.

Los cinco primeros galardonados tienen la siguiente distribución por carrera:

|                      |   |
|----------------------|---|
| Economía             | 1 |
| Estudiante Economía  | 1 |
| Literatura y Derecho | 1 |
| Estudios literarios  | 1 |
| Arquitectura         | 1 |

Los cinco galardonados con mención de honor y por carreras fueron:

|                              |   |
|------------------------------|---|
| Arquitectura                 | 1 |
| Economía y maestría Economía | 1 |
| Ciencia política y maestría  |   |
| Educación                    | 1 |
| Química y maestría           |   |
| Periodismo                   | 1 |
| Traducción                   | 1 |

Del total de los diez premiados por el Jurado, su distribución por carreras fue:

|                                  |   |
|----------------------------------|---|
| Economía                         | 2 |
| Literatura y estudios literarios | 2 |
| Arquitectura                     | 2 |
| Ciencia política y maestría en   |   |
| Educación                        | 1 |
| Química y maestría en            |   |
| Periodismo                       | 1 |
| Estudiante Economía              | 1 |
| Traducción                       | 1 |

Triple empate entre economía, literatura y arquitectura, pero gana economía, al agregarle un estudiante que obtuvo el segundo puesto. Felicitemos a los diez galardonados por haber obtenido un lugar de honor, entre los 135 cuentos presentados al concurso en su versión XXIV.

Por géneros, entre los cinco primeros, el resultado fue cuatro damas por un hombre. Entre las cinco menciones de honor, el resultado fue tres hombres y dos damas, pero en el resultado total de los diez ganadores, las damas obtuvieron siete puestos y tres los caballeros. Esto es una paliza histórica, porque nunca se había presentado una derrota tan clara. ¡Vuelta al estadio cuenteril a nuestras poderosas escritoras! Queda demostrado que las mujeres de Uniandinos son más cuenteras que los hombres.

Los 92 participantes que enviaron sus cuentos, se distribuyeron por carreras así:

**XXIV CONCURSO DE CUENTO RAMÓN  
DE ZUBIRÍA 2019**

**Relación programa académico de pregrado o posgrado realizado en la Universidad de los Andes, familiar de afiliados, total de participantes y total de cuentos postulados**

| <b>Programa académico pregrado/posgrado</b> | <b>Participantes</b> | <b>No de cuentos por carrera</b> |
|---|----------------------|----------------------------------|
| Administración de Empresas                  | 7                    | 8                                |
| Antropología                                | 1                    | 1                                |
| Arquitectura                                | 7                    | 10                               |
| Arte  | 2                    | 3                                |
| Estudiante bachillerato                     | 2                    | 2                                |
| Biología                                    | 1                    | 1                                |
| Ciencia Política                            | 3                    | 4                                |
| Creación Literaria                          | 1                    | 1                                |
| Derecho                                     | 1                    | 1                                |
| Economía                                    | 12                   | 21                               |
| Filosofía y Letras/Filosofía                | 2                    | 3                                |
| Física                                      | 1                    | 1                                |
| Geociencias                                 | 1                    | 1                                |
| Historia                                    | 1                    | 1                                |
| Historia del Arte                           | 1                    | 3                                |
| Ingeniería Civil                            | 3                    | 6                                |
| Ingeniería de Sistemas                      | 2                    | 2                                |
| Ingeniería Electrónica                      | 5                    | 7                                |
| Ingeniería Industrial                       | 4                    | 7                                |
| Ingeniería Mecánica                         | 2                    | 2                                |
| Lenguas Modernas                            | 3                    | 3                                |
| Literatura                                  | 8                    | 14                               |

|                                      |    |     |
|--------------------------------------|----|-----|
| Maestría Gerencia de la Construcción | 1  | 1   |
| Maestría Economía                    | 1  | 3   |
| Maestría Educación                   | 1  | 1   |
| Maestría Ingeniería Mecánica         | 1  | 1   |
| Maestría Finanzas                    | 1  | 2   |
| Maestría Periodismo                  | 2  | 3   |
| Maestría Estudios Culturales         | 1  | 1   |
| Maestría Filosofía                   | 1  | 3   |
| MBA                                  | 2  | 2   |
| Medicina                             | 1  | 1   |
| Música                               | 1  | 1   |
| Pedagogía                            | 1  | 1   |
| Periodismo                           | 1  | 1   |
| Psicología                           | 3  | 5   |
| Publicidad                           | 1  | 2   |
| Química                              | 0  | 0   |
| Traducción                           | 1  | 2   |
| No específica                        | 2  | 3   |
| <b>Total participantes</b>           | 92 |     |
| <b>Total cuentos postulados</b>      |    | 135 |

Al sumar sus programas, Ingeniería tiene un total de 16 participantes; Economía 12; quienes tienen alguna maestría o la están cursando, 11; Literatura ocho y Arquitectura siete, lo cual demuestra nuevamente, la participación de muchas carreras en el concurso de echar cuentos. Estas carreras fueron las que tuvieron más soñadores y aventureros literarios en este gran concurso.

Es interesante destacar que 17 participantes tienen dos o más carreras o, una carrera y una maestría. En el total de participantes, fueron in-

cluidos con la primera carrera mencionada. Además de la diversidad de carreras participantes, se destaca el alto nivel académico de muchos de nuestros compañeros universitarios.

Sincera felicitación a todos los participantes. Quedan todos invitados a participar en la versión XXV del concurso. ¡Muchachos, alisten su narración para la próxima convocatoria! ¡Comiencen a escribir ya!

Una vez más, quedó demostrada la excelente participación de la familia de nuestros afiliados y egresados, en los eventos de la Asociación. La participación familiar es una de las metas que busca este concurso.

Por su relación con la Asociación, los 92 concursantes se clasificaron de la siguiente forma:

### XXIV CONCURSO DE CUENTO RAMÓN DE ZUBIRÍA 2019

#### Relación afiliados/no afiliados, familiar de afiliado, estudiante de pregrado o posgrado y egresado de pregrado o posgrado no afiliado

|  |           |
|--|-----------|
| Afiliados                                  | 42        |
| Familiar de afiliado                       | 8         |
| Estudiantes                                | 8         |
| Egresados pregrado o posgrado no afiliados | 25        |
| Familiar egresado                          | 8         |
| Profesor                                   | 1         |
| <b>Total participantes</b>                 | <b>92</b> |

Congratulations a todos y, nuevamente, invitamos a quienes no se hayan afiliado todavía, que nos acompañen en nuestras numerosas actividades profesionales y lúdicas.

Durante el año 2019, se programó un taller sobre Cómo escribir cuentos. Ya se ha programado uno para 2020. Todos los años se continuará haciendo estos talleres, para mantener el interés en la creación literaria uniandina. ¡Los invitamos a tomar el siguiente curso!

Uniandinos felicita efusivamente a todos los concursantes, afiliados, egresados, profesores, estudiantes y miembros de la familia uniandina, por su aporte a esta maravillosa aventura de la narración de cuentos cortos y, los invita a escribir de una vez por todas, su creación para el XXV Concurso de cuento Ramón de Zubiría del año 2020, antes de que les coja la noche y no alcancen a terminar su presentación. No se les olvide que ya llegamos al cuarto de siglo, soñando y escribiendo historias que sean producto de nuestra inquieta imaginación.

No olviden que Einstein dijo que la lógica nos lleva exactamente entre dos puntos, pero la imaginación no lleva a cualquier parte. Sin los sueños y la imaginación humana, no habríamos podido existir y desarrollarnos en este Planeta y por supuesto, ir a la Luna y claro, tener este magnífico concurso de cuento.

¡Acompáñenos en esta maravillosa y fantástica aventura literaria!

Uniandinamente

**JORGE ENRIQUE FRANCO GÓMEZ**

*Fundador y gestor del Concurso de cuento Ramón de Zubiría*

# Participantes



| <b>Nombre</b>                                 | <b>Relación con la asociación</b> | <b>Profesión</b>                      |
|---|-----------------------------------|---------------------------------------|
| <b>Adriana Ariza Pardo</b>                    | Afiliada                          | Geociencias                           |
| <b>Adriana Ospina Mesa</b>                    | Afiliada                          | Arte                                  |
| <b>Adriana Sierra Serrano</b>                 | Egresada                          | Administración de Empresas            |
| <b>Alba García Bonilla</b>                    | Afiliada                          | Física                                |
| <b>Alejandro López McCormic</b>               | Estudiante                        | Música                                |
| <b>Alexandra Ortiz Gómez</b>                  | Egresada                          | Ingeniería Industrial                 |
| <b>Alfonso Corredor Cruz</b>                  | Familiar Afiliado                 | Administrador Público                 |
| <b>Álvaro Betancourt Díaz</b>                 | Afiliado                          | Ingeniería Industrial                 |
| <b>Ana Paola Arbeláez</b>                     | Egresada                          | Literatura                            |
| <b>Andrea Carolina Echeverri González</b>     | Afiliada                          | Historia del Arte, Literatura         |
| <b>Andrea Rey García</b>                      | Afiliada                          | Politóloga                            |
| <b>Andrés Felipe Velásquez Güecha</b>         | Afiliado                          | Química y Maestría Periodismo         |
| <b>Andrés Fernando Pérez Gutiérrez</b>        | Afiliado                          | Maestría Gerencia de la Construcción  |
| <b>Bernardo Guillermo Rodríguez Bohórquez</b> | Afiliado                          | Arquitectura                          |
| <b>Camilo Antonio Arias Camacho</b>           | Egresado y Estudiante Doctorado   | Economía, Historia, Maestría Economía |
| <b>Carlos Alberto Gómez Acuña</b>             | Afiliado                          | Administración de Empresas            |
| <b>Carlos Gómez Segura</b>                    | Egresado Maestría                 | Magister Finanzas                     |

|  |                     |   |
|--|---------------------|---|
| <b>Carlos Fog</b>                        | Afiliado            | Arquitectura                              |
| <b>Carlos Javier Camacho Castaño</b>     | Familiar Estudiante | Publicista                                |
| <b>Clara de Borrero</b>                  | Familiar Egresado   | Traductor                                 |
| <b>Claudia Lago Moreno</b>               | Afiliada            | Ciencias políticas,<br>Maestría Educación |
| <b>Claudia Ramírez López</b>             | Afiliada            | Literatura                                |
| <b>Cristian Casas Puentes</b>            | Egresado            | Ingeniería Industrial                     |
| <b>Daniela Herrera</b>                   | Egresada            | Literatura                                |
| <b>Daniela Rodríguez Silva</b>           | Estudiante          | Medicina                                  |
| <b>David Jáuregui Sarmiento</b>          | Afiliado            | Periodismo, Maestría estudios culturales  |
| <b>David Orjuela Pérez</b>               | Egresado            | Economía                                  |
| <b>Diana Andrade</b>                     | Afiliada            | Historia                                  |
| <b>Diego Huertas Ortiz</b>               | Afiliado            | Ingeniería Eléctrica                      |
| <b>Edgar González Moreno</b>             | Familiar Afiliado   | Ingeniería Eléctrica                      |
| <b>Edison Belalcázar Erasso</b>          | Afiliado            | Derecho                                   |
| <b>Eduardo Salas Silva</b>               | Egresado            | Arquitectura                              |
| <b>Elkin Sarmiento Montiel</b>           | Egresado            | Ciencia Política                          |
| <b>Ellen Hernández Jensen</b>            | Familiar Afiliado   | Orfebre                                   |
| <b>Fabián Mauricio Martínez González</b> | Egresado posgrado   | Maestría Periodismo                       |
| <b>Fernanda Pérez</b>                    | Familiar Egresado   | Economía                                  |
| <b>Fernando Alberto Isaza</b>            | Afiliado            | Administración de Empresas                |
| <b>Flor Jeannete Romero Velásquez</b>    | Familiar Egresado   | Licenciada Lenguas Modernas               |
| <b>Francisco Perdomo Niño</b>            | Afiliado            | Economía                                  |
| <b>Gilberto Delgado Rivera</b>           | Afiliado            | Ingeniería Mecánica                       |
| <b>Gladys Stella</b>                     | Familiar Egresado   | Administración de Empresas                |

|  |                              |  |
|--|------------------------------|--|
| <b>Jaime Cuéllar Trujillo</b>              | Afiliado                     | Ingeniería de Sistemas,<br>Maestría Administración |
| <b>Jesús Navarro Quintero</b>              | Estudiante                   | No específica                                      |
| <b>John Cifuentes Muñoz</b>                | Afiliado                     | Administración de<br>Empresas                      |
| <b>John Gómez Sánchez</b>                  | Egresado                     | Ingeniería Mecánica                                |
| <b>Jorge Ibáñez García</b>                 | Egresado                     | Arquitectura                                       |
| <b>Jorge Franco Gómez</b>                  | Afiliado                     | Ingeniería Civil                                   |
| <b>José Verástegui Carvajal</b>            | Afiliado                     | Ingeniería de Sistemas                             |
| <b>Juan Carlos Alonso Rico</b>             | Afiliado y profesor          | Artes Plásticas                                    |
| <b>Juan Carlos Rodríguez</b>               | Afiliado                     | Ingeniería Eléctrica                               |
| <b>Juan Gómez Caycedo</b>                  | Familiar Afiliado            | Bachiller  |
| <b>Juan Pablo Durán Casas</b>              | Afiliado                     | Ingeniería Industrial                              |
| <b>Juana Santos Milachay</b>               | Afiliado                     | Lenguas y estudios<br>socioculturales              |
| <b>Julio César Cruz Ibáñez</b>             | Egresado                     | Ingeniería Civil<br>e Industrial                   |
| <b>Loui Fonseca Tamayo</b>                 | Afiliado                     | Economía   |
| <b>Luis Avella M.</b>                      | Afiliado                     | Administración, Cien-<br>cias Políticas, Ingeniero |
| <b>Luis Enrique<br/>García Anzola</b>      | Afiliado                     | Economía, Master<br>Filosofía y MBA                |
| <b>Luz Corredor Arteaga</b>                | Afiliado                     | Derecho y MBA                                      |
| <b>Marco Fonseca Gómez</b>                 | Egresado                     | Literatura   |
| <b>Maria Cristina Vega</b>                 | Afiliada (miembro vitalicio) | Filosofía y Letras                                 |
| <b>María Eugenia<br/>Pérez Lizarazo</b>    | Afiliada                     | Ingeniería Civil y<br>Diseño Industrial            |
| <b>María Eugenia<br/>Zaldúa Barrantes</b>  | Afiliada                     | Economía Especializa-<br>ción Mercadeo             |
| <b>Maria Acosta Convers</b>                | Afiliada                     | Economía   |
| <b>Maria Fernanda<br/>Buitrago Sánchez</b> | Egresada                     | Arquitectura y<br>Literatura                       |
| <b>Maria Paula Zuluaga</b>                 | Egresada                     | Psicología   |

|  |                     |                                    |
|--|---------------------|------------------------------------|
| <b>Maria Peralta Ramón</b>             | Afiliada            | Literatura y derecho               |
| <b>María Santa García</b>              | Afiliada            | Psicología                         |
| <b>Mariaximena Garavito Arciniegas</b> | Egresada            | Biología                           |
| <b>Martín Villamil Montero</b>         | Egresada            | Literatura                         |
| <b>Mercy Yate Prieto</b>               | Familiar Afiliado   | Periodismo                         |
| <b>Natalia González Cano</b>           | Egresada            | Antropología                       |
| <b>Natalia Rojas Rodríguez</b>         | Egresada            | Ingeniería de Sistemas, Literatura |
| <b>Natalia Ramos Gaviria</b>           | Afiliada            | Psicología, Ciencias Políticas     |
| <b>Nicolás Munévar Miranda</b>         | Estudiante          | Economía                           |
| <b>Nidia Acero Torres</b>              | Afiliada            | Economía                           |
| <b>Norma García</b>                    | Egresada            | Lenguas Modernas                   |
| <b>Paula Londoño Suárez</b>            | Estudiante          | Economía                           |
| <b>Paula Rincón Chitiva</b>            | Egresada            | Filosofía y Ciencias Políticas     |
| <b>Rafael Sanint Robledo</b>           | Afiliado            | Arquitectura                       |
| <b>Ricardo Polo Llanos</b>             | Afiliado            | Economía                           |
| <b>Sebastián Burgos</b>                | Familiar Estudiante | Creación Literario                 |
| <b>Catalina Cortés Buitrago</b>        | Familiar Afiliado   | Estudios Literarios                |
| <b>Silvio Baena Restrepo</b>           | Afiliado            | Ingeniería Eléctrica               |
| <b>Simón Arango</b>                    | Estudiante          | Economía                           |
| <b>Sofía Bejarano Osorio</b>           | Familiar Asociado   | Estudiante Bachillerato            |
| <b>Sonia López Soto</b>                | Familiar Egresado   | Arquitectura                       |
| <b>Stany Sirutis Montejo</b>           | Familiar Afiliado   | Escritor                           |
| <b>Uldarico Posada Santos</b>          | Egresado            | Ingeniería Eléctrica               |
| <b>Valentina Cantor Lesmes</b>         | Estudiante          | Ciencia Política y Literatura      |
| <b>Ximena Vargas Acosta</b>            | Egresada posgrado   | Maestría Ingeniería Mecánica       |



**Cuentos  
Ganadores  
*y con mención***





# La tarde

---

DIANA ANDRADE MELGAREJO

Pseudónimo: *Elbici*





*Ilustración:*  
LUCAS QUINTERO

Cuando llegué del colegio, no había alguien en el apartamento. Yo había sido la última en salir y, los platos del desayuno todavía estaban en la mesa. El sol de media tarde iluminaba el polvo suspendido sobre los muebles de la sala y, los únicos ruidos que podía escuchar, venían de fuera del edificio: conductores pitando en la avenida, un pasajero silbando para parar el bus... Dejé el morral junto a la puerta, corrí a mi cuarto a poner el CD de Britney y, me subí a la cama de un salto. *Oh, Baby baby*, y tiré el saco del uniforme a la esquina junto a la ventana. *How was I supposed to know*, y abrí de un tajo la falda escocesa para ponérmela en el cuello como una capa. Cuando la canción terminó, me deslicé hasta la cocina a preparar un Chocolisto con pan blandito. No conocía sensación de libertad más plena, que patinar en medias sobre las baldosas del hall.

El teléfono sonó mientras yo estaba remojando la primera punta del pan en la leche achocolatada. Salí a la sala y me quedé mirando fijamente el aparato, tratando de adivinar quién llamaba. Mis compañeros de curso me telefoneaban con frecuencia para pedirme ayuda con sus tareas, pero la de D, era la única llamada que me interesaba contestar. Aunque mi mejor amiga y yo pasábamos todo el día juntas en el colegio, en las tardes hablábamos horas por teléfono. Solo así, podíamos compartir los secretos que no queríamos que alguno de nuestros compañeros escuchara.

Contesté con voz grave, en el caso de que no fuera mi amiga, pero volví a mi tono normal tan pronto escuché su *Aló*. La saludé en el idioma inventado que cada vez estaba menos de moda entre las niñas del curso:

–Shi-a-shi-ló shi-có-shi-mo shi-es-shi-tás?

–Shi-bi-shi-en shi-es-shi-toy shi-con shi-mi shi-pa-shi-pá.

D y yo, teníamos un plan de acción definido para aquellos casos en los cuales, alguna de las dos, estaba bajo supervisión adulta. Al mismo tiempo, ambas nos quedábamos en silencio con el auricular en la oreja. Sabíamos que, en cuestión de minutos, su papá se aburriría y se retiraría de la habitación. Yo no necesitaba ver a D, para saber que estaba sentada muy derecha en la orilla de su cama, con sus peluches organizados por tamaño frente a ella, desafiándolo a quedarse con una sonrisa de media boca. Intenté enderezarme también, a la manera de mi amiga, pero terminé, escurriéndome por la pared, para sentarme en el piso con las piernas abiertas. Al estirarlas, me di cuenta que tenía las medias enrolladas en los tobillos, así que me dediqué a arrancarme vellitos incipientes mientras esperaba.

Cuando por fin se quedó sola, D dijo en un susurro que se había dado cuenta de que Pablo B la había estado mirando en clase de español. Yo corroboré su historia, aunque no tenía idea, si era verdad o no. Pablo B era un niño cualquiera en la periferia del salón, diferente de Pablo M, pero no por mucho y, en cambio, mi amiga era el centro de mi sistema solar. Desde el primer día de grado sexto, me había aplicado a sus amores cambiantes, con el mismo fervor con el cual el año anterior, le había seguido la cuerda, jugando a ser mamá con sus muñecas. Por eso escuché con atención, su descripción del ángulo en donde Pablo B estaba sentado y, le pregunté por el momento exacto cuando la había dejado de mirar.

–Juliana estaba sentada detrás de él y, lo distrajo pidiéndole el borrador –dijo –Seguro está celosa de ti. Yo creo que a ella también le gusta Pablo –respondí.

–Mañana sigámoslos a ambos durante el recreo –decretó D– y vemos, si se hablan o no.

Celebré el plan, haciendo una danza furtiva con los puños. Mi amiga respingaba la nariz cuando tomaba decisiones unilaterales, pero por teléfono, quedaba solo el entusiasmo contagioso de su voz, el aplomo de quien sabe que, con su pelo brillante y su cuerpo menudo, y su obsesión insufrible por los osos panda y, los colores pastel, nadie podía decirle que no. Le sugerí mis rutas favoritas para la labor de inteligencia: podíamos perdernos de la mano por el canal de desagüe detrás del coliseo o atravesar agachadas, una detrás de otra, el matorral frente al edificio de primaria. Mi amiga se carcajeó por el auricular, segura de que Pablo B y nadie más nos vería espiar. Yo en cambio, me reí porque si estábamos las dos, no me importaba si los demás nos vieran o no.

D escuchó a su papá, acercándose a su cuarto y colgó con rapidez. Yo colgué solo después de oír el tono y, volví al Chocolisto que había dejado en la cocina. Terminé de merendar con calma, porque sabía que, en un par de horas, mi amiga volvería a llamar. Con toda la certeza de mis doce años, estaba segura de que no había algo en el mundo que pudiera separarnos.

El único televisor en el apartamento era el del cuarto de mi mamá. Lo prendí a todo volumen y, me acosté boca abajo en la cama para hacer la tarea de ciencias: una lectura de una página y cinco preguntas de revisión. Fácil, ofensiva casi y, la terminé en los diez minutos que faltaban para que empezara *Sailor Moon*. Yo soñaba con tener super poderes, volar y detener el tiempo, lo mismo que crear un campo de fuerza a mi alrededor. Por eso, me gustaba ver cómo semana tras semana, una estudiante torpe de quince años, se transformaba en una guerrera mágica y, salvaba el mundo con el poder lunar de su cetro mágico. Estuve pegada a la pantalla, hasta que llegó el momento cuando la heroína adoptara su traje de batalla.

Apenas escuché la musiquilla triunfal que daba paso a la transformación, enterré la cabeza en una almohada. No quería ver el momento cuando el cuerpo desnudo de la estudiante aparecía en



*Ilustración:*  
ANDRÉS ESPINOSA

primer plano. Su busto era redondo como una manzana y su cintura cóncava, más allá de toda proporción. A veces, deseaba ese cuerpo y a veces no y, ese día, preferí quedarme tras la almohada, respirando agitada, apretando la espuma contra mi boca. Volví al televisor, solo cuando calculé que la batalla que marcaba el clímax del capítulo iba a comenzar. *Sailor Moon* ganó y venció al demonio semanal, pero su victoria no me alegró ni me calmó.

Cuando el capítulo se acabó, me di la vuelta para quedar acostada boca arriba. La franja de novelas mexicanas que seguía, no me llamaba la atención. Me puse la mano en la boca del estómago, inhalé y contuve la respiración. Solo así, me era posible ver mi barriga lisa y plana, la irregularidad flácida de siempre derrotada por el momento. Recorrí mi estómago de arriba abajo varias veces, disfrutando lo diferente que se sentía, a cuando me bañaba y ni siquiera, alcanzaba a ver mis pies. Pronto empecé a sentir desesperación por la falta de oxígeno y, fantaseé por un segundo, que caía delicadamente a un lago, para que alguien me rescatara. Después, volví a tomar aire y metí mi mano en el rollito de grasa entre el estómago y la pelvis. Estaba tibio y húmedo con el sudor del día y, así quedé dormida. Una hora después, me desperté sobresaltada, con mi mano en un sitio distinto a donde la había dejado.

Ya estaba en la sala junto al teléfono, cuando volvió a repicar. D se oía nerviosa y ni siquiera, me dio tiempo de preguntarle qué pasaba. Lo único que dijo fue que estaba chateando por MSN, usando la otra línea que había en su casa. N, el celestino del curso, le acababa de proponer el trato que llevábamos esperando desde el principio del año: si ella le decía quién le gustaba, él le diría qué niño del salón estaba enamorado de ella. Grité de emoción, pero mi amiga me ordenó que me callara para darle espacio mental, mientras escribía en el chat que aceptaba la propuesta. Obedecí y me senté en el sofá, presta a concentrarme en los mensajes de N, que mi amiga me iba leyendo. También planté bien los pies en el piso, como si en esta forma, hubiera podido evitar la falta de equilibrio que estaba por venir.

N empezó por preguntarle a D, por los candidatos menos probables: los niños que todavía jugaban con Hot Wheels en el recreo, aquellos a quienes no les gustaba el fútbol, los pocos que ya tomaban y, habían probado la marihuana. Mi amiga escribía que no y que no y, entonces, los nombres empezaron a llegar cada vez más rápido. Cuando N llegó a los amigos de Pablo B, D dio un grito ahogado:

– ¿Qué tal que sea mentira y N solo quiera saber quién me gusta?  
– me preguntó.

– Tranqui, no seas bobita. Así se cuadraron Mónica y Valentín – respondí- mientras pensaba en todas las cosas que los integrantes de la pareja más reciente del salón, decían que hacían: ir a cine, comer a Crepes, y viajar de paseo a Melgar con la familia de él. Me entusiasmaba saber que había tantos planes con los cuales podría ayudar a D.

Cuando finalmente, N postuló a Pablo B, escuché a mi amiga respirar hondo, mientras respondía en el *chat* con un jajaja incriminatorio. N se dio por bien servido y, tras un silencio brevísimo, le escribió que Felipe R, el alto y no el mono, quería ser su novio. Mi amiga dijo en un susurro, como si N pudiera escucharla, que le había ido mucho mejor de lo que esperaba:

– Pensándolo bien, Pablo todavía tiene cara de niño. ¡Y qué tal esas gafas! Voy a decir que sí.

Las instrucciones de N para empezar el noviazgo, resultaron sencillas, pero sin posibilidad de objeción. Al día siguiente, yo me acercaría a Felipe R en la cafetería y, le diría que D aceptaba su propuesta. Mi amiga lo esperaría con N, detrás de las canchas de básquet, para oficializar la relación con un beso con lengua. Pensé en D con la boca entreabierta, parada en las puntas de los pies sobre el pasto mojado. Me parecía inapropiado que N quisiera estar presente en un momento tan privado, pero decidí que no valía la pena dañar

el rato, mencionándolo. N anunció que volvería más tarde al chat, porque iba a ultimar algunos detalles con Felipe R. D empezó a celebrar, proponiendo opciones para su primera cita.

Mi amiga y yo estábamos evaluando las ventajas y desventajas de ir a comer helado a un centro comercial, cuando el tono de aviso de MSN nos interrumpió. D se rio como se reía cuando quería fingir que, algo la avergonzaba y después, dijo como si nada:

– N dice que, si quieres alcanzar a estar con él en las canchas, tendrías que almorzar más rápido o más poquito.

– ¿Qué? –pregunté con la esperanza de estar entendiendo mal.

– Ahora dice –continuó D– que lo bueno de que seas tan gorda, es que vas a tener buenas tetas. ¡Ojalá! Si no tienes novio, va a ser difícil que vayas con nosotros al prom.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y me quedé paralizada con la mirada fija en la ventana de la sala. Fue la primera y única vez que D me dijo gorda. Ni siquiera pude responderle cuando empezó a contarme todo lo demás que le escribió a N esa tarde. A carcajadas, le confesó que, una vez nos habíamos subido al bus de Pablo B, para saber dónde era su casa. Le dijo con antipatía que ella ya no veía *Sailor Moon* y que estaba segura de que, a mí, pronto me dejaría de gustar. Tuvo el descaro de aceptar que la música no le interesaba, pero que aun así, quería saber qué bandas escuchaba Felipe R para que yo le consiguiera los CD.

Sentada sola en el sofá de mi sala, quise gritarle que cómo se atrevía a compartir nuestros secretos. Pensé en llamar a su papá y decirle que su hija era una zorra. Me hubiera gustado incluso, pegarle una cachetada por su crueldad. Pero lo único que hice fue apretar los dientes, tapando el auricular con una mano para que D no me oyera llorar. No sé cuánto tiempo me quedé viendo la ventana, pero

fue suficiente para que el sol se ocultara detrás de las montañas. La llegada inminente de la noche difuminó los contornos del apartamento y, todo dejó de parecerme familiar.

Cuando los faroles de la avenida se prendieron, Diana seguía hablándome por el teléfono. Dijo que me esperaba al otro día, en la entrada del salón, cosedora, cinta y pegante en mano, para que le ayudara a subirle el dobladillo a su falda. Le prometí que mejor llevaría un tubo de hilo y una aguja de mi casa. Después, le aconsejé que se durmiera pronto para evitar ojeras y, le recordé que ella misma me había enseñado que bañarse al final del día con agua fría, hacía que se redujeran los poros. Creo que intentó decirme algo más, antes de despedirse, pero le dije que no se preocupara. Tenía cosas por hacer y ya me podría contar mañana.

Después de colgar, me quité las lágrimas secas con un pañito húmedo. Era indecoroso tener lagañas y, quería ponerme hielo en los párpados para no tener los ojos hinchados al otro día. Qué diría Nicolás, si llegaba toda descompuesta tras saltarme el almuerzo para alcanzar a encontrarme con él, detrás de las canchas. Cuando terminé de limpiarme, me encerré en el cuarto para ponerme mi pijama. Recogí el uniforme que todavía estaba en el piso y, me quité las medias con mucho cuidado. Deslizarse por el hall era cosa de niños, como ofenderse cuando alguien le dice a uno la verdad o pasarse la tarde entera, frente al tele, viendo Sailor Moon. Lo último que hice antes de acostarme, fue ir la cocina y vaciar el tarro de Chocolisto en la caneca. No volvería a comer algo que no fuera lechuga con atún. A partir de la tarde cuando me convertí en mujer, tenía seis meses para conseguir novio, buenas tetas e ir con mi mejor amiga al prom.





# Estoy listo

---

NICOLÁS MUNÉVAR MIRANDA

Pseudónimo: *Un sauce*



*Ilustración:*  
JUAN PABLO CIFUENTES



La carretera está sola. No se vayan a preocupar, no estoy afuera. Yo trato de ser obediente y por eso me quedo en casa, así, aunque esté solo y nadie pueda verme porque eso hacen los niños obedientes: hacer caso. La carretera está sola pero no estoy afuera porque eso hacen los niños buenos: saber que la carretera está sola sin mirarla porque están dentro de sus casas. Escuchando. Los niños buenos sabemos escuchar, pero hay que tener cuidado, porque no debemos oír. Tú oyes, pero es mejor escuchar o eso dice Graciela. Graciela es mi mamá. El profesor Nacho también dice que es mejor escuchar que oír, porque es más respetuoso y los niños buenos son respetuosos. Yo no sé por qué, pero es mejor ser niño bueno. Eso lo dice Graciela, don Jaime y el profesor Nacho.

Por eso, los niños buenos escuchan la carretera sola, pero sin oírla. Don Jaime dice que de vez en cuando, se me olvida ser un niño bueno y que, por eso, a veces tiene que hacer lo que hace. Entonces, yo lo escucho y trato de no oírlo, porque tengo que ser un niño bueno y los niños buenos son respetuosos. Eso dice Graciela, don Jaime, el profesor Nacho y mi abuelita. En esos momentos, cuando se me olvida ser un niño bueno, escuchar duele, pero solo si está don Jaime. Y solo cuando Jaime tiene que hacer lo que hace, cuando se me olvida ser un niño bueno. Una vez, se me olvidó ser niño bueno, pero Jaime no estaba. Entonces, no tuvo que hacer lo que hace. Esa vez no me dolió escuchar. En realidad, don Jaime se llama Jaime sin el don, pero yo le digo don Jaime, porque si le digo solo Jaime, es irrespetuoso y don Jaime tiene que hacer

lo que hace y me duele escuchar. Es mejor ser respetuoso y, ser un niño bueno y un niño obediente. A Graciela no le digo doña Graciela porque ella es mi mamá y, yo a ella la quiero mucho y ella me quiere a mí. Graciela está con don Jaime, pero don Jaime no es mi papá. Graciela dice que los que no tienen papá biológico o sea de verdad, tienen que ser buenos, porque si no se los lleva el Patas. Una vez, le pregunté a Graciela cuántas patas tenía el Patas y Graciela no contestó. Graciela es mi mamá. Graciela está con don Jaime, pero don Jaime no es mi papá. A Graciela también le duele escuchar cuando está don Jaime. Mi mamá no quiere a don Jaime, porque le duele escucharlo.

Una vez, yo le dije que eso le pasaba porque se le olvidaba ser un niño bueno. Graciela es mi mamá biológica, entonces es mi mamá de verdad. Graciela quiere irse, pero no como la abuela, porque Graciela quiere irse de sitio. Graciela dice que la abuela no se fue de sitio, sino que se fue de espíritu al cielo, pero yo no le creo porque a la abuelita la llevamos a la tierra, pero no al piso, sino por debajo, a un hueco, pero después lo llenamos. Entonces ya no era hueco. Y debajo del piso no queda el cielo. Además, el piso es un sitio y no un espíritu.

Una vez, le pregunté al profesor Nacho, que qué había debajo del piso. El profesor Nacho me dijo que debajo del piso estaba el infierno. Entonces mi abuelita se fue al infierno y no al cielo, como dijo Graciela. Yo creía que era que Graciela no sabía que la abuelita se había ido al infierno y no al cielo, como ella dice, porque debajo del piso está el infierno y la abuela se fue abajito del piso. Entonces, yo le dije eso, que la abuelita no estaba en el cielo, sino que se había ido al infierno, porque estaba abajo del piso. Entonces, ella se puso a llorar y me dijo que un día de estos, nos íbamos a ir lejos, sin don Jaime, porque si no, nos tendríamos que ir como la abuelita. Porque fue don Jaime el que hizo que



*Ilustración:*  
MARIANA RODRÍGUEZ

mi abuelita se fuera, porque uno no puede vivir para siempre. Eso me dijo Graciela. Pero yo le dije que yo también me quería ir al infierno, porque quería ver a mi abuelita. Yo por eso soy un niño bueno y escucho la carretera sola, y espero a don Jaime, que me dijo que me iba a llevar con mi abuelita, pero que solo, si me portaba bien y era un niño bueno, mientras llevaba primero a Graciela, porque para ir al infierno toca de a uno.

Don Jaime dijo que, para ir al infierno, tocaba de a uno y por eso, se llevaba primero a Graciela. Él dijo que apenas volviera, me llevaba a mí también, con mi abuelita y Graciela mi mamá. Entonces todos iremos al infierno. Hace mucho que quiero ir al infierno. Yo hice mi maleta mientras llegaba don Jaime, que no sé por qué no llega. Don Jaime me dijo que para ir al infierno, no hace falta llevar maleta, pero aun así, yo la hice, porque mi abuelita dice que los hombres que son prevenidos valen por dos. Y el profesor Nacho dice que es mejor hacerles caso a los mayores, porque es más respetuoso y mi abuelita es mayor que don Jaime. Entonces, mejor le hago caso a ella.

—Qué, Camilito ¿si está listo?

—Sí, don Jaime. Ya estoy listo.





# Agua

---

CATALINA CORTÉS BUITRAGO

Pseudónimo: *Alice Lidell*





*Ilustración:*  
LUCIANA JIMÉNEZ

**S**iempre he creído que en otra vida fui un pez. Yo tan llena de agua, yo tan agua a veces. Quizás, en algún momento me convertiré en sirena. Así me imagino mientras voy en el bus, entre el río de los carros que me lleva a algún lugar. Llora los martes, pero no por tristeza o alegría, solo para contemplar el hermoso acontecimiento de ver salir de mis ojos cascadas e inundarme en mi propia agua para nadar a la deriva. Los jueves me masturbo, solo por ver cómo se va formando un riachuelo en mi entrepierna, más cercana a una termal que a cualquier otra agua.

El agua y yo somos una misma cosa. Hace algunos años, me sumergía en la tina, entera, enterita y, aguantaba la respiración todo lo que más pudiera. Lo hacía tres veces al día en vacaciones. Tanta agua soportaba mi piel que, duraba días enteros con los dedos arrugados e hinchada como una esponja. Salía del baño a tomar uno de sol en el balcón, pues a las doce, llegaba un rayo incipiente que me alumbraba la mitad de mi cuerpo. Abrazaba mis rodillas y me quedaba hasta que la luz me secase todo lo que había recogido durante horas. Rastros de mí, quedaban en el balcón, simulando ser charcos.

Un día antes de ir a trabajar, yo estaba en la ducha, romantizando cada una de las gotas que rozaban mi cuerpo. Me imaginaba siendo piedra y mis senos se convertían en el escenario de una gran cascada. Yo era montaña también. El agua me recorría entera para desembocar en un río que se formaba en la baldosa y escapaba por el sifón. De pronto, el agua me abrazó, brinqué y grité y, hasta se metió el champú en los ojos. Mientras los limpiaba, sentí su mano tibia rodear mi vientre y se acercó despacio por detrás hasta besar mi nuca, enredándose luego con mi pelo y la espuma del jabón. Asus-

tada, me di la vuelta y una silueta de un cuerpo de agua se hallaba a mis espaldas. Tenía vida propia. Podía sentir su mirada en mi rostro, expectante y lasciva.

El cuerpo se hizo carne y un hombre delgado apareció. Me besó como si la ducha simulara una lluvia sacada de una comedia romántica de Hollywood. Aún tenía unas partes de agua, como su lengua que pasaba sobre mi dorso hasta llegar a mi pubis. Su lengua-agua tibia escarbó en mis labios hasta abrirse camino en mi vagina. Viajaba a mis piernas y, mi sangre desbocada latía fuerte en mi cabeza. No sé cuál era el agua de la ducha y cuál la mía, y cuál el sudor de ese cuerpo. Esas manos que buscaban hacer una escultura de mí. Este cuerpo solo buscó mi satisfacción y, fue tanta, que de la dicha le oriné el rostro y, lo agarré del pelo y, me tiré en la bañera hasta quedarme dormida.

Llegué muy tarde y durante el día, no dejé de pensar en este suceso de la ducha y en el hombre que había salido de allí. No pude mirarle el rostro, luego de haberlo orinado, y él se quedó quieto ahí, mirándome no más. Me preguntaba qué estaría haciendo; los informes, la reunión y el archivo que debía organizar, se veían de pronto, interrumpidos por mi imagen orinando la cara de un hombre de agua. Ojalá se fuera por el sifón y, si los vecinos lo notaban y, si él no se quería ir o si yo no quisiera que se fuera. Pensaba, mientras simulaba escribir cartas en el computador.

De camino a casa, rogaba que Azul no estuviera. Nada en la sala, nada en el cuarto ni un ruido, nada de rastros. Cociné y, antes de dormir, entré en el baño y Azul estaba ahí en la bañera, inmóvil, esperando en el mismo lugar. Me desesperé. Grité y le dije que saliera de allí y lo hizo. Entonces, le dije que se vistiera y, fue a mi armario y se puso mi ropa. Luego se quedó ahí, mirándome. No hacía algo, si yo no lo decía. Lo dejé desnudo. Después me dañó algunas camisas y, me resigné a verlo por ahí, con su pene delgado de lado a lado, mientras corría, lavando los platos o pelando las papas, porque si hacía lo que le dijera, podía cocinarme sin reparos.



*Ilustración:*  
ANDRÉS ARISMENDY

Comí varios días de sus recetas, desde pizzas, hasta las cosas marinas más elaboradas. Siempre buscó sorprenderme de alguna manera, era su forma de hablar. Después de cenar, Azul me miraba y buscaba mi aprobación para acercarse, nos besábamos hasta la madrugada, me penetraba una y otra vez y, luego me consentía en silencio, hasta que mis ojos se cerraban. Cuando despertaba, estaba ahí, mirándome de nuevo, expectante frente a mis instrucciones. Después, lo dejé encerrado en la cocina, por su falta de autonomía y cuando yo quería un número repetido de orgasmos, lo llevaba a mi cama.

Dos semanas después de la convivencia con Azul, mientras sacaba mi ropa de la lavadora, en vez de sacar mis medias de seda verdes, saqué un hombre enterito. Salió despavorido de la lavadora, asustado y, corrió a oler y tocarlo todo. Lo bauticé Verde y era inquieto. Miraba todo tan maravillado, como si hubiera descubierto un mundo totalmente nuevo. Le presenté a Azul, estrecharon sus manos y, siguieron ignorándose el uno al otro, como si no existieran. En algún momento del día, Verde se detenía en mi cuerpo como en las cosas. Miraba mi ombligo y escarbaba en él con su dedo meñique, lo besaba y metía su lengua allí y así, con cada parte de mi cuerpo. Debo decir que disfruté mucho de su ejercicio. Veía sus ojos cerca, mirando solo mi boca, mientras yo le hablaba o le cantaba. Yo imaginaba mi boca de donde salían y salían palabras y, a medida en que más hablaba, él iba teniendo una erección más fuerte. Me besaba despacio, deteniéndose en cada movimiento, abría, cerraba la boca, me mordía el labio inferior y, volvía a abrir su boca y a invadir la mía con su lengua. Así como me besaba, entraba en mí. Rozaba con delicadeza cada una de mis cavidades y, sus manos recorrían mi cuerpo como descubriéndolo por primera vez.

Me la pasaba entre los dos. A veces, coincidían los encuentros con ambos. Azul me llevaba a su cuerpo, con tal ternura que no podía resistirme. Verde me tomaba por sorpresa y su devoción hacia mi cuerpo, me hacía sucumbir. Disfruté mucho estos días, aunque no todo era sudor y placer. Poco a poco, empecé a fijarme en sus defec-

tos, esos que venían de fábrica y que, al principio, cuando la adrenalina de los orgasmos me nublaba, no importaron tanto. Cuando llegaba del trabajo, los encontraba a los dos desnudos en mi sala: Verde contemplando mis objetos y Azul mirando la nada. Entonces, Verde dejaba tirado todo por cualquier lado, por su extraña manía, y Azul en cambio, no hacía nada más de lo que yo dijera, incluso, cosas tan absurdas como ir al baño. Tuve que decirle a Azul, que recogiera el desorden que hacía Verde, pero esto no solucionaba el problema del todo.

Apareció un tercero. Yo estaba regando las plantas y, de mi cactus brotó una mano pequeña y luego, salió otra como buscando ayuda. Le dije a Azul que tendríamos un nuevo invitado, por lo cual necesitaríamos algo de café. Me senté en el sofá a esperar el desenlace un poco temblorosa. Las manos empujaron hacia abajo y luego salió una cabeza, se sacudió e impulsándose hacia arriba, logró sacar más partes de su cuerpo hasta que logró liberarse por completo. Me saludó y empezó a disculparse por estar sucio. Creció hasta tener un tamaño adecuado para mí. Le dije que se llamaba Rojo y, arrogante, me contó la historia de ese color, su significado, usos e implicaciones. Le gustó tal bautizo. Tomamos vino esa noche y, hablamos desde cosas como la revolución rusa, hasta de asuntos más importantes como los olores de cada ciudad. Sin duda, era un hombre muy culto. Así como tenía amplios conocimientos en cualquier cosa que se me ocurriera, también los tenía en anatomía. Tomó mi muslo entre su brazo, lo trepó a su espalda y la otra mano, la llevo a mi espalda. Me besó tan fuerte, que sentía mis labios latir, rojos y empapados. A su pene, lo imaginaba nadando al lado de mi corazón y mi dedo, se conectaba a veces a su ano, mientras los suyos viajan entre mis orejas o entre mi vagina...

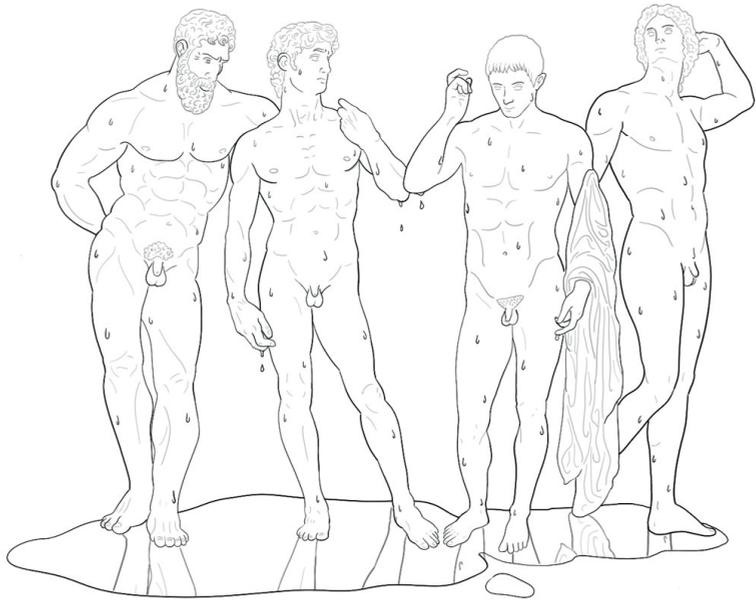
Supe que Rojo era mi favorito. Podíamos hablar horas enteras y jamás, me aburría con su simpatía. Si estábamos en la cama, entonces me preguntaba siempre si estaba bien, si me gustaba, si quería más y yo contenta, le respondía con gemidos o con miradas lascivas. Mientras tanto, Verde incómodo por la nueva presencia, se resignaba a es-

tar en otros lugares de la casa, en donde no pudieran vernos. A Azul no le importaba, pero yo sentía algo de culpa con él. A veces, cuando Rojo leía o se encargaba de otras cosas, Verde y Azul se acercaban y, yo feliz, recibía sus caricias.

Cuando llegaba a casa, estaban los tres, desnudos, cada uno en lo suyo. Rojo, a diferencia de los dos, leía con devoción y, me contaba toda la historia de inicio a fin. Los viernes tenía todo el peso del cansancio de la semana, y las palabras de Rojo retumbaban en mi cabeza, y mis ojos ardían cuando lo veía. Salían, salían y salían palabras de su boca, sin detenerse, con su voz fuerte que podía retumbarme en el pecho. Eran tantas sus palabras, que perdía el hilo constantemente, y cuando me hacía preguntas, no sabía qué responder. Entonces, volvía a explicarme. Mis palabras igual, fueran monosílabos o respuestas muy elaboradas, no tenían tanta importancia. Un día, tuve que escucharle todo lo que pensaba acerca de Hemingway y, no es que no me interesara, solo que cada vez que iba a hablar, me decía que esperara. Me aburrí tanto que, dejó de ser mi favorito y como hablaba y hablaba, tuve que encerrarlo en el armario. Ahora, ya no quería a ninguno. Quería que se marcharan.

Así transcurrieron los días y entonces, de cualquier cuerpo de agua que se hallara en mi casa, brotaba uno de carne, uno masculino. Aquello que disfrutaba tanto, ahora me causaba temor. Usaba lo menos que pudiera el baño, prefería usar el de la oficina, porque aquí nunca me pasó algo. Pronto, la oficina se convirtió en un lugar seguro, fuera de todo pronóstico. Dejé de bañarme todos los días y, optaba por cosas más prácticas como pañitos húmedos. Los hombres podían salir de cualquier lugar de la casa, de la llave de la cocina, del lavadero o del inodoro. Poco a poco, mi casa se fue llenando de estos ejemplares que, aunque buscaban mi placer, sus características particulares llegaban a sacarme de mí.

El último fue quien realmente me llevó a tomar medidas drásticas. Ya ni nombre le puse. Fue él quien generó una revuelta en mi propia casa y, convenció a todos los hombres de agua a seguirle el juego.



*Ilustración:*  
SANTIAGO PIEDRAHÍTA

Salió del inodoro y, tan pronto lo hizo, criticó los colores del baño, atribuyéndome un gusto espantoso. Luego dijo que me perdonaba por ser tan hermosa. Me besó con fuerza y, me inclinó hasta el piso, me alzó, me llevó al cuarto, me arrancó la ropa y, bueno, fue apasionante, pero no le tenía confianza. Al día siguiente, me criticó por irme a trabajar. Cuando volví, todos estaban reunidos, desnudos y fumando cigarros. Tenía la capacidad de mandarlos y, que todos le hicieran caso. Así que se aprovechó de la situación e hizo que cada uno incrementara su personalidad y que, además, la usaran de manera egoísta. Azul no volvió a cocinarme y a Verde, poco le importó mi molestia con su desorden. Este hombre, incluso, llegó a sacar a Rojo del armario y, lo convirtió en su asistente personal.

Pasados algunos días los encontré peleándose y, cada día algo distinto. Me rompían las cosas, se mandaban a abrazarme en manada o me ignoraban cuando todos jugaban cartas. Gritaban, hablaban duro, me daban regalos que no me gustaban y que incluso, eran objetos que yo misma tenía en mi apartamento. Ahora, me invadía la necesidad de estar sola, sin penes volando por la casa, sin tener que decirle a Azul lo que tenía que hacer, sin aguantarme que Verde desordenara todo, sin Rojo y su egocentrismo, sin el NN, sin todos aquellos que invadían mis lugares, leían mis libros, ocupaban mi baño, lo ensuciaban, destendían la cama, etc. Quería estar sola, pero ellos estaban en todos lados, buscándome o ignorándome. Solo su presencia, ya me causaba resquemor. Ya no podía dormir tranquila, porque el agua nunca duerme y siempre estaban despiertos.

Pensé en todas las formas posibles para desaparecerlos. Irme de la casa y dejarlos ahí para siempre; prenderle fuego a todo, venderlos en el mercado negro, llevarlos en el carro hasta un lugar muy lejano y devolverme sola; ahogarlos, llamar a la policía... Pensé en cada una de las posibilidades, mientras caminaba a mi preocupante realidad, sin ganas de llegar a casa y verlos ahí. Luego de divagar por días enteros, encontré la solución.

Inicié mi rutina como de costumbre, un poco impaciente por tener la solución entre las manos, pero sin saber con certeza, si funcionaría. Antes de salir, lo saqué de la caja, lo conecté, revisé con mis manos que estuviera funcionando. Dejé funcionando el calefactor que me sacaría de problemas. Cerré la puerta, no sin antes mirar a cada uno y detallarme sus pechos sin corazón. Caminé hasta mi trabajo con algo de nostalgia, pero, sobre todo, de expectativa. Si funcionaba, ya no vería los hombres que me acompañaron durante tanto tiempo. No debí conservarlos, pensaba, debí buscar la manera de deshacerme de ellos a medida como aparecían.

Trabajé siempre, pensando en lo que pudo pasar, en que quizás, ellos pudieran descubrir mi plan y, preparar uno peor para mí, como sacarme de mi propia casa o destruirlo todo antes de su extinción. Sin embargo, cuando llegué, los hombres eran un solo charco, amorfo, transparente, casi imperceptible... Pasé horas con el traperero, deshaciéndome de los rastros de sus cuerpos en el sifón, como si de pronto, los hubiera descuartizado. No quise pensar en las implicaciones legales de eso, pero imaginaba que luego los encontraría en un río, en una nube o en el mar.



# Recuerdos en alta mar

---

SONIA CAROLINA LÓPEZ SOTO

Pseudónimo: *Barcelona*





*Ilustración:*  
ALEJANDRA MARTÍNEZ

**E**ran las 4:00 de la madrugada y me encontraba, restaurando parte de la bodega del barco Santa Cecilia que transportaba sirope de Haití a España y sus colonias en el siglo XVIII. El barco se encontraba en buenas condiciones a pesar de sus años, pero la parte de la bodega necesitaba más de dos restauraciones, para quedar a la perfección. Ya tenía largas horas trabajando. Mi mente se encontraba saturada de problemas; mi esposa y yo pasábamos por un muy mal tiempo y, teníamos una multa de embargo del departamento en donde vivíamos. Me encontraba cansado y decidí tomar un pequeño descanso junto a una botella de aguardiente que me había regalado un amigo de Colombia, a quien conocí en un viaje de estudio. Prendí una lámpara portátil y me recosté sobre una tabla, cerré los ojos y al abrirlos, noté un papel saliendo de una ranura. Tomé asiento y comencé a analizar el papel; la humedad se había apoderado de las hojas y pasaba moho entre sus orillas. Sostenía en mis manos un documento que databa del siglo XVIII, se trataba de un diario o bitácora de un tripulante del Santa Cecilia. Para mi fortuna, el documento estaba en castellano. Me decidí a abrir el documento y comencé a leer...

Julio 24, 1809

*Me encuentro en el navío de Santa Cecilia, es mi día uno en la embarcación, sosteniendo esta bitácora que mi padre me obsequió; para mí, es el grato recuerdo de su existencia y de su amor. “Comienza a escribir” siempre decía... Pues aquí estoy padre, dejando la tinta en este pedazo de papel que sostengo...*

*Mi nombre es Akin = Hombre valiente, de origen africano por supuesto. Me lo puso mi madre en esa tierra a la que tanto extraño y, a la que nunca volveré. Dejé muchas personas en mi pasado y, hoy no tengo ni recuerdo de sus caras, solo recuerdo el sentimiento que me provocaba cada uno de ellos, pues ya son solo manchas borrosas en mi pensamiento. El último recuerdo que tengo de mi madre y mi hermana, fue al llegar a la costa... Fuimos separados violentamente al pisar tierra y, jamás las volví a ver. La población nativa de América fue insuficiente para la explotación de recursos naturales. Esta fue la razón por la cual nos capturaban como perros y nos transportaban desde África en muy malas condiciones. El tráfico masivo de africanos provocaba el apilamiento de esclavos en un viaje de dos meses en buques plagados de enfermedades, sin ventilación... En condiciones inhumanas. Mi hermano más pequeño fue lanzado a alta mar por “precaución de plaga”. Nosotros éramos animales para ellos... Nos consideraban criaturas “sin alma” y por lo tanto, sin sentimientos.*

*Fui expuesto como mercancía y vendido a mis siete años de edad; evaluado por \$290 pesos de los cuales, \$70 se pagaron en plata y el restante en azúcar y plátano a 4 reales la libra (pues provenía de Angola<sup>1</sup> y era considerado bozal<sup>2</sup>), a un comerciante portugués que recorría toda la costa, comprando y vendiendo chácharas en sitios donde las mujeres solían llevar a los señores a sus camas. Todos los días, el portugués me llevaba a la misma ruta... Recorriamos un lugar arenoso donde las huellas del caballo se iban quedando marcadas al pasar... Al mismo tiempo, olía a animales marinos y a sal por todas partes; tiempo después, supe que era la costa de Cartagena de Indias en la Nueva Granada. Mis ojos nunca habían visto el mar, yo reconocía el lugar por su olor y por la vista debajo del carruaje, pues gran parte de mi infancia, estuve escondido en un baúl, escuchando conver-*

<sup>1</sup>Angola: República de Angola, es un país ubicado al Sur de África. Sus habitantes eran considerados hábiles, robustos y queridos.

<sup>2</sup>En las Indias Occidentales, el término designaba el negro recién traído de África por la trata negrera.

*saciones superfluas que no comprendía. Asomado por una ranura que era producto de la separación de la hinchazón, cuando deshincharon la madera del baúl, observé objetos extraños de diferentes colores, abrigos largos y zapatos elegantes. Les vine a poner el nombre a los objetos años después, gracias a una gran amiga, yo no comprendía su idioma, todo era nuevo para mí, un mundo desconocido...*

*Durante dos largas estaciones de frío, comencé a tener una visita inesperada y prácticamente concurrente. Se trataba de una mujer con pies descalzos, harapos hasta el suelo y piel de color marfil. Todos los días me tocaba dos veces el baúl y me dejaba un pedazo de pan con un pedazo de queso. Yo la bauticé como “comida” pues realmente, todavía no estaba ni en mis principios del idioma castellano...*

*Fui intercambiado por una mula a la mujer que me alimentaba. Viví con ella lo que las hojas de los árboles tardaron en caer. Llegué a tener un sentimiento donde mi corazón palpitaba; cada vez que la veía, sentía felicidad y un sentimiento de protección. Blanca era una persona con un carisma enorme, a pesar de su larga expresión de cansancio por el trabajo duro fuera de casa. Fui comprado como ayudante de pelapapas. Ganaba poco, pero aprendí que todo tiene su valor, y que hay personas buenas en la tierra.*

*Todo funcionaba a la perfección hasta que un día, caminando por la vereda, empecé a oír gritos y estruendos de armas que tiraban fuego. Tiempo después, me di cuenta que se trataba de una persecución de esclavos. Iba caminando con un canasto de papas cuando me detuvieron y, me acusaron de haberlas robado. Yo siempre traté de gritar y decir que eran de Blanca y, que le ayudaba a pelarlas, pero pareciera como si simplemente, saliera aire de mis labios y el sonido de mi voz se hubiera esfumado en el viento... Segundos después, me encontraba tras rejas en un lugar oscuro, apestoso y mojado acompañado de miles de personas de mi raza. Nos sacaban en la madrugada amarrados como*

*animales, uno tras otro con varios nudos que impedían el movimiento libre; nos ponían a levantar objetos pesados y casi siempre caíamos y, nos azotaban con unas pieles largas y pesadas de vaca, hasta dejarnos llagas tanto en la piel como en el corazón.*

*Tiempo después, fue hasta mi casa enjaulada, una persona que necesitaba un esclavo que fuera bueno para las labores, yo solo tenía nueve años. De nuevo, fui vendido a un nuevo amo por el valor de 300 pesos como esclavo doméstico. La casa de mi amo quedaba más arriba, entre colinas y valles, fue un recorrido largo y pesado. Me dieron una cosa llamada alcoba que era en el último piso de la casa; era de techo alto, había mucha luz y tenía una ventana muy pequeña por donde se podía ver la ciudad y el movimiento de las personas todos los días. Comencé a tener horarios y clases de comportamiento por personas de mi mismo color de piel. Me enseñaron a responder cordialmente, a servir, abrir y cerrar la puerta educadamente y, me enseñaron a obedecer a mi nuevo amo y a personas como él.*

*Logré tener un gran lazo con mi amo don Rodrigo Valencia, que era un hacendado muy importante, llegado de España. Tenía ideas muy revolucionarias para este tiempo. Desaprobaba la esclavitud y la forma de pensar de muchos hacendados. Don Rodrigo fue siempre una persona muy solitaria. Al llegar con mis nueve años, me dijo una sola frase que nunca olvidaré: “Sé el primer cambio que deseas lograr en el mundo” ...*

*Él se encargó de darme comida, techo, y me puso un tutor que me enseñó matemáticas, literatura, ciencias, política y religión.*

*Don Rodrigo me crió como su propio hijo y, me bautizó con el nombre de Akin Valencia. Tener un padre era todo lo que había querido en mis años de desdicha. Me sentí amado y completo por segunda vez en mi vida.*



*Ilustración:*  
GABRIELA FAJARDO

*La fuente económica de nuestra pequeña familia reposaba en un cultivo de cacao en el cual ayudaba con el inventario del año. Desde chico, me enseñó cómo llevar el negocio familiar; éramos felices, no nos faltaba absolutamente nada. Así estuvimos y pasaron los años, hasta que una noche nos quemaron gran parte de la cosecha... Esto fue producto de huelgas esclavistas que comenzaron con levantamientos en contra de sus patrones.*

*Estas huelgas incitaron la huida de otros esclavos, los palenqueros destruían las haciendas, asaltaban los caminos y conseguían armas para atacar a los hacendados. Recuerdo esa noche como la más triste de mi vida, pues por escapar y entrar en rebelión, un amigo inició un motín contra los hacendados, lograron entrar a la hacienda y dispararon a mi padre.*

*Mi padre quedó gravemente herido, lo sostuve en mis brazos y con sus últimas palabras, me dictó indicaciones de donde encontrar su plata y joyas guardadas. Me dijo que había dejado la hacienda a mi nombre y que fui el hijo que Dios le envió como regalo en la vida. Murió en mis brazos. Jamás me sentí tan impotente. Estoy escribiendo con lágrimas en los ojos, recordando aquella noche como la que nunca debió pasar de no haber sido por el abuso reprimido hacia mi gente.*

*Con mucha rabia, comencé a planear un ataque a la cárcel para liberar a los esclavos y enfrentarnos a los españoles, lo cual terminó en una masacre debido a la diferencia de infantería. Fuimos capturados y sentenciados a castigos que terminaban en la muerte, pero después, fingían que moríamos de enfermedades.*

*En esos momentos, recordé lo que decían cuando era chico: “el destino de un negro es servir y ser azotado hasta morir”. Ya no tenía algo a qué aferrarme para vivir, estaba consciente de que, en cuestión de días, yo iba a terminar como ganado colgado, con la piel roja expuesta y*

*cera ardiendo en mis llagas. Ya no tenía ganas de vivir, no tenía esperanzas, me había dado por vencido.*

*Mi sentencia de castigo y muerte estaba colgada en los anuncios de la ciudad y fue vista por una pareja de amigos de mi padre que me reclamaron como su pertenencia. Fui liberado y les hice saber los últimos deseos de mi padre, quería la libertad a toda costa. Fui por la herencia de mi padre y la metí en una bolsa, me dieron raciones para sobrevivir el viaje y un poco de plata en efectivo, para empezar la travesía.*

*Antes de morir, mi padre me dijo que fuera y buscara el barco Santa Cecilia, que era un barco comandado por un muy amigo de él y, que hacían un recorrido por las colonias de Nueva España con destino a Haití, donde iba a poder ser libre pues allí ya no existía la esclavitud.*

*Me adentré en el puerto y, una vez más me encontraba en Cartagena, pasando desapercibido, muriendo de miedo. Preguntar por el amigo de mi padre era un peligro, ya que, si veían mi rostro, me iban a enviar lo más seguro a cualquier subasta de negros en la costa. Me senté con una capucha y tapada la mitad de mi cara, fingiendo estar enfermo, hasta que escuché nombrar al capitán. Me acerque a él y le dije que yo era hijo de don Rodrigo Valencia. Asombrado, me miró y me dijo que me escondiera en la bodega del barco.*

*De nuevo, me encontraba zarpando entre tablas y tablas debajo de la superficie, 63 o más días de obscuridad, la peste, el hambre y la sed me esperaban... Como cuando era niño. Recordé en africano, los intentos de mi madre por ocultar lo que pasaba. Nos inventó que nos encontrábamos en una aventura donde teníamos que viajar debajo de la superficie para escuchar los cantos de las sirenas. Todos esos recuerdos salieron en ese momento. No hacía otra cosa más, que imaginar mi nueva vida en la nueva tierra llamada Haití.*

Octubre 02, 1809

*Temo decir, que nos encontramos a pocos días del puerto de Haití. Tengo miedo a lo desconocido, al rechazo y la esclavitud; tengo miedo de no soportar lo que resta del viaje. Apenas me queda comida y, el agua es muy escasa en el barco. Me siento muy débil y las condiciones de la bodega son inhumanas. Hay estancamientos de agua sucia y, temo contraer una enfermedad de alta mar, de esas que no permiten vivir.*

*He estado soñando mucho con mi padre. Sueño que llego al puerto de Haití, doy unos pasos hacia arriba y, al subir la escalera, mis ojos se nublan por tanta luz. Después de tanto estar en la obscuridad, pongo un pie en tierra firme y la beso. Siento mis pies libres en la tierra y, arrodillado, me extiendo con las manos al cielo, dando gracias a Dios por llevarme hasta ese punto con vida. Después, abrazo a mi padre, sonriendo y se borra toda la vida como un soplo. Una luz inmensa y divina me espera junto con mi padre, recibíendome con los brazos abiertos, acompañado de cantos celestiales. Yo siento que no tardaré mucho en reunirme con mi padre; por lo tanto, dejo esta bitácora como prueba de mi existencia. Por si no llego a sobrevivir al viaje, quiero que el mundo sepa quien fue Akin Valencia y don Rodrigo Valencia, quiero que se sepa mi historia y que sepan todo lo que sufrimos nosotros los africanos en el Nuevo Mundo. Dejo mi herencia dentro de estas tablas, por si algún afortunado me llega a encontrar, que sepa que de pronto ya no tengo dolor y, me encuentro en la vida eterna de la libertad.*





# Devastadora

---

ALBA LUCÍA PRADILLA BOHÓRQUEZ

Pseudónimo: *Artemisa*





*Ilustración:*  
LINA PRADILLA

Hacía casi cuatro semanas que Patricia no se masturbaba. No sabía, si el encuentro con Andrés era realmente una cosa o la otra. Lo contó como paja y se alivió. Llevaba apenas nueve días sin masturbarse, pero ya era hora de emparejar. Terminó lo que Andrés dejó empezado, después de pavonear su cena orgánica y sus logros superiores a los de los demás. Apagó las luces, se quitó todo y se metió en la cama, un hilo frío le tensionó el cuello: tenía que revisar lo que Marina había escrito. Encontraría un momento mañana en la reunión, durante la intervención de algún asistente sobre las mejoras sustanciales que cualquier ala de la empresa podría adelantar y, tal vez, mientras firmase la aprobación presupuestal para las optimizaciones sugeridas, pensaría en Marina.

Su carrera no había sido una línea recta ni conocía tampoco, las dificultades desagradecidas del esfuerzo, pero tenía recuerdos dolorosos como todas las mujeres. Su primera herida fue concomitante con su primer beso y, desde esa vez, los sinonimizó. Alfredo la había halado del delantal de elefantitos y le había dicho “mi tía me enseñó a saludar como adulto” y, le empujó los labios con los suyos y le lamió la encía aun sensible, por el diente de leche perdido la semana anterior. Patricia dio un paso atrás, mientras una botella de vidrio estallaba contra la puerta en donde los infantes se habían resguardado. Su pequeño victimario la salvó de morir de susto y, la profesora Susana hizo un nudo en solo una de las heridas de la pequeña Patricia. Volvió a casa con ganas de llorar, no tanto por su pierna inscrita con hilo azul, como por su encía que revivía el lametazo corto y dulzón de Alfredo. Parpadeó, apretando los ojos, sintiendo el estómago inflarse y, firmó, pensando en lo feos que fueron todos sus besos previos a la adultez.

Sabía que, por la tarde, iba a tener ganas de revisar lo que ocurría en los cubículos de los profesionales que admiraban su tenacidad. Ella les daba simplemente, aquello que pedían: ferocidad laboral, metas que exigen sacrificio, cifras siempre brillantes. Vio a Fernando que no renunciaba a su peinado en diagonal, como una teja recorrida por la arremetida de la lluvia: “¿cuánto cree que falta para que el informe de riesgos esté listo?”. Fernando se mordió el labio sin deseo y, prometió que antes del final de la semana lo tendría listo. Patricia persiguió sus dedos en el aire y sin intención, dijo que la escucharan, que no sabía cómo había terminado, dirigiendo gente tan lenta. Estaba acercándose al comentario belicoso contra la nueva corbata de su panchita nueva, comoseaquesellame, pero Estefanía se le acercó —más cerca de lo que aceptaría públicamente— y le entregó el recibo de la lavandería, junto con la nota en donde constaba la promesa de Sergio de volverla a visitar esa noche. Sin reconocer su presencia, dio media vuelta y en voz alta, la citó a su oficina, con rapidez y con firmeza, como sabía que las mujeres tenían que hablar en el mundo masculino que la había formado, incluso, cuando les hablaba a otras mujeres. Cerró la puerta de la oficina estrepitosamente y, Estefanía tocó dos veces, como le había insistido Patricia que lo hiciera antes de entrar. Salió media hora después, un poco descompuesta, la mandíbula apretada y las fosas nasales titilantes.

Mientras Estefanía hablaba, Patricia pensaba que no podía olvidar leer lo que Marina le había escrito. Su ausencia era notoria y, ella había tenido que acudir a Estefanía para que cumpliera apenas algunas de las funciones de Marina. Sabía que había estado un poco enferma, ojalá no fuera grave y, el permiso que estaba solicitando fuera breve. Se distrajo demasiado. Estefanía estaba renunciando, había encontrado una mejor oportunidad laboral y, no estaba segura de querer seguir bajo el mando de Patricia. Daba igual, siempre tenía que hacer el trabajo sola. Aceptó a todo y despachó a Estefanía. En casa, la esperaba un equipo periodístico, sabía que tenía que dar declaraciones al público, aunque no fuera realmente ex-

perta en algo de lo que le preguntaran. Comoseaquesellame, ahora en reemplazo de Estefanía, tendría que redactar un borrador con sus opiniones, ella memorizaría algunas cosas en el carro y, le insertaría frases categóricas grandilocuentes que convencerían a la audiencia. Si comoseaquesellame no sabe del tema, pues tendría que conseguir a alguien que sí. Pero eso no era su problema; ella solo dramatizaría lo que le pusieran al frente. Siempre salía victoriosa de las plazas públicas. Ahora, no antes. Cuando era adulta joven, todos creían que lo hacía por conseguir marido, por armar escándalo. Y sí. Pero ahora tenía una trayectoria, una hoja de vida llena de éxitos que ellos qué iban a saber, si los consiguió por bullosa, por emprendedora o por qué vaina. Ahora, todos le tenían respeto, sabían que intentar deslegitimarla, era una pérdida de tiempo. Tenía manos en todas partes y, simplemente, cambiaba de entorno para cambiar de aire. Era inamovible.

No tenía mucho más esperándola en casa. Mario no la esperó más. Después de la maestría en finanzas internacionales ¡hace tantos años! Desarmó su parte de la casa y se devolvió a Italia. Él se había dado cuenta de que Patricia vivía insatisfecha, la había visto insistir en posiciones, caricias y canciones hasta que, exhausta, se inventaba los orgasmos. La había visto escribir futuros incompletos entre ellos, y siempre la había dejado tener la última palabra. En su despedida también: “A veces el que ríe de último es porque se ríe solo”. Mario nunca volvió, a pesar del poco deseo, pero con la ferviente convicción de que latía en Patricia, de que ella había sido la mejor mujer de su vida.

No hubo algo raro en la entrevista, excepto una mirada extensa que la asistente del periodista le lanzó durante su recuento de supervivencia empoderada en un entorno machista que la cosificaba y, repudiaba en un tire y afloje de nunca acabar. La asistente tenía lunares cuello arriba y dedos fuertes. Escribía sin mirar el lapicero y, alcanzaba los implementos antes de que el periodista se los pidiera. Podría ser la nueva comoseaquesellame, pensó Patricia, pero

esta vez, sí se aprendería su nombre, porque no hay nada más difícil que ser una mujer bella en una oficina: nadie se la toma a una en serio, todos los tipos están morboseándote siempre, dudas de si las ideas fueron realmente tuyas. Bueno, eso podría cambiar, si fuera la asistente de Patricia, a ella la trataría con el cuidado maternal y la haría su discípula. Aunque haya tenido ese mismo instinto con sus anteriores seis asistentes y, no haya cuajado, eso fue simplemente porque cada una de ellas, se rehusó a recibir la mano amiga de Patricia. A medida en que se acercaba a sus afectos, las saludaba con ternura, ellas más distancia imponían entre sus cuerpos y el suyo, menos la tuteaban y con menos agrado, colaboraban en sus necesidades urgentes como recoger uno que otro mandado, convocar público para sus charlas o hacerle el borrador de reuniones y entrevistas. Bueno, ellas se lo perdieron; pero esta todavía no. Esta podría ser distinta, podría dejarse guiar y querer como Marina. ¡Marina!

Mañana en la mañana, antes de prender algo en la oficina, abriría el sobre de Marina.

La oficina no andaba bien, sin la preguntadera de Marina, sin que todos se rieran, sin que Andrea le contara t-o-d-o su fin de semana y, se callara súbitamente, al entrar Patricia en el piso. Nunca entendió a qué se debía tanto cuchicheo en su presencia, aunque a veces, sospechaba que estaban criticándola. Entendible, pensaba, pues a nadie le cae su jefe completamente bien. Era el tercer día sin Marina y, Patricia alcanzó a pensar que algo grave le pudo haber pasado, pero creyó que alguien le informaría, si su asistente estuviera en problemas serios. Aunque no muchas personas en la oficina, parecían tener ese tipo de confianza con ella, sabía que ellos sabían de su dependencia de Marina. Era la primera vez en muchos años, que un asistente no le gritaba de vuelta, no le pedía explicaciones ante pedidos que no hacían parte de las funciones contractuales, no se quejaba por recibirle la cartera y la chaqueta en cada una de sus reuniones ni se le insinuaba. Porque eso pasó, dos asistentes atrás,



*Ilustración:*  
MARÍA ALEJANDRA CAGUA

Patricia tuvo que lidiar con el difícil amor de su asistente, una mujer joven, de pelo corto, brazos fuertes y discurso feminista. Patricia lo descubrió todo cuando, al devolverle su listado de mercado ya hecho, su asistente le tocó la mano y la miró con una sonrisa que empezaba en la mitad de sus labios. Ambas se sonrojaron y Patricia estuvo pensando durante varios días, en ese roce aparentemente accidental, en el suspiro cómplice y en la tensión entre ellas, pero siempre la invadía la certeza inexorable de que ella no era lesbiana. Nada de su entonces asistente le atraía, su abundante pelo, su voz tenoria, su forma de vestir impecable, su amabilidad perenne ni sus tatuajes sugerentes que apenas, se veían en lugares de pública exposición. Encendió toda la oficina y recordó que sí, que a veces, el lunar del cuello de esa asistente la había desconcentrado. Pero eso no tenía algo que ver. Marina hacía días no estaba y, Patricia tendría que autorizar su permiso, ver su incapacidad o firmar lo que haya dejado en el sobre. Lo haría más tarde, después del almuerzo con los nuevos vecinos de edificio. Por ahora, tenía que renovar la amistad con uno de los pocos colegas que aun la respetaba: Roberto, un hombre acusado de autoritario, pero maravilloso en su trabajo, amable en los encuentros personales y, en suma, malentendido por los empleados que ya no saben diferenciar entre un liderazgo firme —siempre necesario— y un jefe violento.

De eso sabía un poco. Cuando empezó su carrera, fue muy exigente con sus primeros colegas que ni siquiera eran sus subalternos. Para ser tenida en cuenta, había tenido que esforzarse en recibir su obediencia y respeto. Uno de ellos, había sido particularmente vulnerable ante sus técnicas laborales y aun hoy, casi treinta años después, clamaba que su jefatura apenas ideal lo había lastimado. Qué forma desagradecida de reconocer la formación de su carácter y, qué envidia la que todavía le palpita, por haber alcanzado como mujer y líder, lo que él como hombre a quien todo se le hace más fácil, no pudo. Bueno, eso había sido mucho tiempo atrás, lo importante en este momento, era disfrutar de la conversación con Roberto. Se estiró sobre su escritorio para servir el café, cosa a la

cual no estaba acostumbrada y, al volver con la jarra hirviente, un estallido entre su pocillo y la jarra, hizo que la porcelana quedara en añicos y, el poco café caliente que contenía, quemara las rodillas de Patricia. Al ponerse de pie para sacudirse el exceso de líquido y, airear la zona quemada, se dio cuenta de que la jarra caliente estaba dibujando un círculo marrón y tibio en el sobre de Marina. Roberto había salido en franca lid por papeles y asistencia médica; su exagerada atención lo mantenía en una buena posición. Patricia recordó las manos de esa asistente, las cejas de su compañera en la maestría –que Mario también secretamente deseaba– la vez cuando bailaron apenas de pie, en una celebración desmedida y se tocaron las nuca, se terciaron el pelo la una a la otra y, fugazmente, bajo la mirada del profesor que había citado al evento, Patricia le pintó la cara con su mano y, la llamó atrevida e impertinente, que ella no era lesbiana. Diana tampoco volvió después de eso. Recordó a las mujeres jóvenes que la admiraban y los espacios significativos de compañía que habían construido. Decidió ponerle fin a su mente inquieta y, obligarse a volver al trabajo, abrir el sobre de Marina para saber cuándo iba a regresar para no volverse a quemar ni a lucir inepta ante sus colegas y empleados. Destapó el sobre caliente con cuidado, desdobló la larga página membreteada y, en manuscrito, leyó el único renglón contenido en el documento que tenía su nombre como destinataria, la fecha del lunes como momento de emisión, y la firma de su imprescindible asistente personal: “Hasta aquí llegamos, hijueputa”.



# El patatús

---

CLARA DE BORRERO

Pseudónimo: *Alé Montero*





*Ilustración:*  
NATALIA CASTRILLÓN

G ringa, me nombró mi madre al verme nacer, porque una mu-  
chachita pelirroja y de piel desteñida era bicho raro en aquel  
paraje. Hablo de un peladero donde se fue asentando un puñado  
de gente olvidada, en la falda de un monte agreste llamado Desva-  
radero. De mi padre nada sé.

Dentro de esa congregación, los mocosos nos contábamos en los  
dedos de la mano. Éramos cinco, de ambos géneros, entre los cua-  
tro y los diez años nada más, porque en Desvaradero, a los once,  
uno ya era grande. Como no conocíamos la palabra “juguetes” ni  
para qué servían, éramos duchos en el arte de los juegos inventados,  
siendo mi favorito el de hacer muecas. Yo era la campeona recono-  
cida de ese ocurrente pasatiempo, fraguado en un esfuerzo infantil  
conjunto que refinamos poco a poco. Trepábamos el majestuoso  
mango de ramas entrelazadas y nos colocábamos más o menos en  
círculo, para poder mirarnos las caras. Por turnos, imaginábamos  
gestos horripilantes o chistosos que, tenían que ser replicados con  
exactitud por otro de los jugadores.

Fue así, como adquirí destreza para mover las orejas como lo hacen  
los animales cuando buscan el origen de un ruido; para inflar los  
cachetes como el ratón de campo; unir las cejas en una sola línea  
de pelitos a través de la frente, tocarme la nariz con la lengua o  
silbar con los labios chupados hacia adentro. Estas y tantas otras  
monerías nos hacían desternillar de la risa, hasta que más de una  
vez, alguno se desplomó del palo en medio de la carcajada.

Con el tiempo, los demás chiquillos iban copiando mis muecas. El  
proceso de asimilarlas era muy divertido y así, mientras los mayores  
luchaban por sobrevivir, los niños solo pensábamos en reír.



*Ilustración:*  
MARÍA ALEJANDRA MARIÑO

Fui declarada la reina de las musarañas cuando –después de muchas horas de ensayo– logré dominar el remedo del soponcio. No fue fácil –ni lo vayan a creer– poner los ojos completamente en blanco, dejarlos abiertos sin parpadear y, rasgar la boca con los dientes colgando y, una hebra de babas, escurriendo de lado. Y menos, después de que mis amigos me retaron también, a contener la respiración, mientras ellos contaban lentamente hasta veinticinco, hasta treinta y hasta un jurgo y, desde abajo, los adultos se jactaban de lo inteligentes que éramos, aprendiendo a contar hasta cien.

–Gringa, ¡carajo! Deje ya de hacer parodia y eche p'al fregadero. O ¿es que no v'ayudar?

–Ji, amá –contestaba yo, haciendo muecas hasta con la voz y andando derechita para el lavadero, pero en pategallo y de para atrás.

En Desvaradero no había escuela, puesto de salud, cura y mucho menos policía. Pero sí había, un abuelo que dormía sobre un colchón relleno de billetes. Dos mocetonas bonitas, casamenteras. Una vaca y un ternero. Un peón que trabajaba en las minas y tenía dentadura de oro. Un labriego que cultivaba flores de amapola y tenía escopeta. Y una mamá mía que tenía un gallinero.

–Gringa, ¡carajo! Deje ya de hacer parodia y vaya a esculcar las gallinas. O ¿es que no va a traer ni un güevo pa' manducar?

Y yo salía para el corral con los párpados bien cerrados y los brazos estirados adelante. Jamás tropecé ni caí. Y que conste que no los abría ni una rendijita.

Una tarde de garúa pertinaz, oímos estropicio de truenos. Luego llegaron cuatrerros. Cuatro. Sí, cuatro cuatrerros. Hacía un calor de infierno. Aparecieron a caballo, galopando como el viento y mandaron a gritos que todo mundo, se reuniera bajo el árbol de las carcajadas. Iban armados hasta los dientes; claro, si uno de ellos

llevaba un cuchillo entre la boca. Ese día advertí lo que es el miedo y, me arrodillé ante la guadaña de la muerte. Todos cumplieron las órdenes a pie juntillas, menos yo que junté bien los pies para que, si me pipisiaba del susto, no se notara y me quedé como una estatua de yeso con la figura pasmada.

—Gringa, ¡carajo! Deje ya de hacer parodia y corra p'acá. O ¿es que quiere que la pasen p'al papayo?

Yo salí como espanto al vuelo, a confundirme entre la concurrencia. En ese preciso instante, se desató la balacera. Mis paisanos fueron cayendo uno a uno, pero nadie emitió ni un ¡ay! Alguno me tumbó, al abatirse. Sentí las pisadas recias de unas botas que imponían respeto. Olía a sangre. El instinto de conservación me advirtió que los de mi clan ya eran difuntos. Y ese mismo instinto —más arraigado en una criatura de nueve años que en los mayores— me bramó al oído:

—Gringa, ¡carajo! Si quiere vivir, haga su mejor parodia, la del sponcio...

En un santiamén los puños se me engarrotaron. No tuve que ponerme pálida, la lividez de mi piel ayudó; se me voltearon los ojos por sí solos, se me descolgó la mandíbula y chorreó por el rincón de mi boca mustia, un hilito de sangre. Conté lentamente. Hasta cien mil veces...

Al rato, supe que estaba viva porque tuve un pensamiento y los cadáveres no piensan: “¿Será que mi apellido es Carajo?” El silencio era absoluto. Puede que sí esté muerta. Aquí yace Gringa Carajo. Una golondrina cantó. A donde van los muertos no debe haber pajaritos.

Despegué las pestañas un tris, con disimulo, como hacía al principio, antes de dominar bien la mímica de andar como una ciega.

Arrastrando el colchón de la plata, los malos se habían largado sin más qué decir, dejando a su paso un tendal de fallecidos.

Ahí sí, de la nada brotó la fuerza pública, un alcalde, la defensa civil, la televisión y el bienestar familiar. Se me acercó una reportera de melena alborotada, pómulos rozagantes y tacones como clavos enterrados en un barrizal de tierra y sangre. Con micrófono en mano y sonrisa de carnaval inició la transmisión:

– Nos encontramos con la única sobreviviente de otro espantoso hecho de sangre en donde todos los habitantes de Desvaradero fueron liquidados por una banda de desconocidos. Niñita, cuéntanos cómo hiciste para burlar a la muerte.

Casi me da un yeyo, pero ¡de verdad! ¿Qué más quería la señorita? ¿Que yo le contara a todo Colombia cómo me hago la muerta? ¡Nooooo! ¡Tampoco! Seré niña, pero no soy boba.

Acto seguido, hice mi mejor representación de “la mudita”. Y...  
fin de la emisión



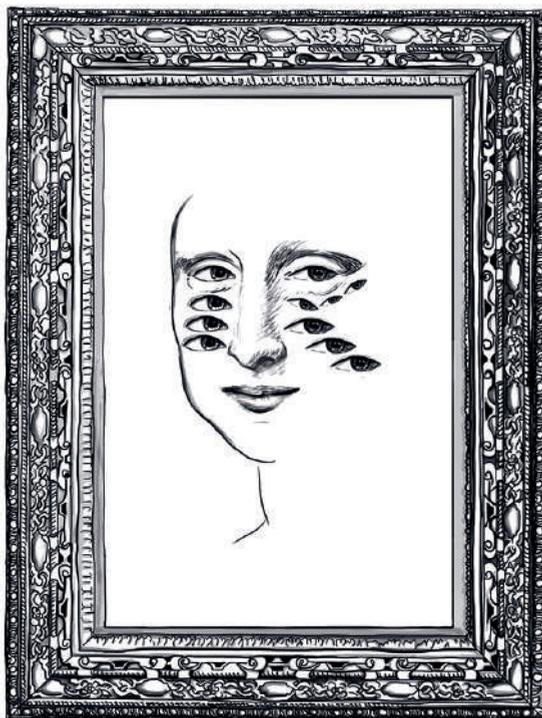
# El amor del abuelo

---

EDUARDO SALAS SILVA

Pseudónimo: *José Eustacio*





*Ilustración:*  
VALENTINA CARDONA

Mi abuelo fue un marchante y coleccionista de arte y antigüedades. Gran parte de su vida, la dedicó a visitar los museos más famosos de Europa. El Prado, el Hermitage y el Louvre se encontraban entre sus favoritos. Mientras visitaba las ciudades donde se desarrollaba la vida artística de Europa, buscaba en sus anticuarios, óleos, libros y objetos extraños que pudieran ser interesantes para su negocio. Si le gustaba una pintura, la adquiriría fuera como fuera, el problema se hallaba en los cuadros exhibidos en los museos porque estos no estaban a la venta. Antes de venirse a vivir a América, buscando un lugar donde refugiarse de la I guerra mundial, se enamoró de una hermosa parisina con la que se casó y tuvo dos hijos, uno de los cuales fue mi padre. Pero antes de la abuela, él había tenido otros romances, otros amores, entre ellos la protagonista de esta historia.

Todo comenzó a principios del siglo pasado, en París —la ciudad que representó en sus creaciones Henri de Toulouse-Lautrec—, por allá en agosto de 1911. Mi padre me narró la historia cuando el abuelo murió, aunque yo aun, era muy niño para comprenderla toda. Esa narración fue un legado que quedó grabado en mi mente para siempre. “Cuando todo fue descubierto —me decía— la prensa escribió que había sido una tarea fácil, que no se había necesitado de algún plan grandioso o audaz”. Nada más falso, mi padre me contó los hechos con lujo de detalles y en ningún momento, comentó que hubiera sido un acto simple. El abuelo estuvo analizando la situación por cerca de dos meses... Entrar en el museo era lo más sencillo, cualquier parroquiano lo podía hacer, los museos se habían hecho para eso, para que la gente los visitara y admirara lo

que en ellos se exponía y se expone, así que cualquier día, y a las horas en las cuales estaba abierto el museo, podía dar ese primer paso sin algún contratiempo. Claro está que, era imposible hacerlo un lunes, porque el museo cerraba ese día de la semana para hacer labores de limpieza y mantenimiento y, el abuelo no quería birlar seguridades ni forzar cerraduras de alguna clase, por lo cual se mantuvo, visitando el Louvre, jornada tras jornada, por un periodo de treinta días. Solo descansaba los lunes, como lo hacía el museo. Primero fue el interior, indagaba con los copistas que se instalaban frente a los cuadros para hacer sus reproducciones de las pinturas más representativas y, también, de las que ellos más admiraban: La encajera de Vermeer, el San José carpintero de Georges de La Tour, La libertad guiando al pueblo de Delacroix. Hasta tuvo la osadía de comprarle una copia de Tiziano a un hombre viejo de barba espesa y blanca que imitaba con gran maestría al pintor italiano; hasta en la figura se le parecía. Yo conservo aquel cuadro y lo tengo colgado en la sala de mi casa. Cuando me visitan los amigos, quedan asombrados de que yo tenga un Tiziano entre mis pertenencias. Por supuesto, nunca les he comentado que es una copia y, si les contara, ¿verían la diferencia? En realidad, se necesita estudiar mucho para notar que no es un original.

Mi abuelo les preguntaba a los copistas sobre las horas y rutinas de los vigilantes y trabajadores del museo, sobre sus recorridos y sus costumbres. Luego de ese primer estudio, se encaminaba al exterior, caminaba sin tregua por cada una de las calles que rodean el museo, contaba los pasos, las puertas, los policías que pasaban por allí. A estos últimos, les medía sus horarios, los cambios de turno y, también, las rutinas a las cuales estaban acostumbrados. Hasta invitó a un gendarme a un café que, se tomaron mientras charlaban sobre las cosas de la vida y sus trabajos. El abuelo mentía y el gendarme asentía. Entre más intimación, menos posibilidades de generar suspicacias posteriores. El abuelo había trabajado alguna vez y, por un corto tiempo para el museo, lo cual le ayudaba en algo, para su propósito. Después de hacer un largo recorrido por

todos los exteriores, regresaba al interior del museo y se sumaba a la gente que lo visitaba, contaba el tiempo que pasaban en una sala, el tiempo que demoraban en trasladarse a otra; vigilaba el hábito de los vigilantes, a los que a veces, veía bostezar y hasta echar un sueñito, tras alguna puerta, escondidos de las miradas de sus superiores. Se reía cuando el vigilante despertaba y, después de un respingo, se sonrojaba al ser pillado in fraganti. “No se preocupe, lo comprendo” –le decía mi abuelo, dándole una palmadita en la espalda, y se hacía amigo de él.

El abuelo llevaba un block que se iba llenando, visita tras visita, de apuntes, dibujos y notas al pie de página. De los alzados y plantas dibujados en aquellas páginas blancas que se han amarilleado con el paso del tiempo –yo conservo aquella libreta de apuntes, empastada en cuero, que el abuelo cargaba en aquellos días de principios del siglo pasado y, escrita con una letra cursiva muy elegante–, el abuelo se había enfocado más en los concernientes a la sala donde se encontraba el que iba a ser el cuerpo del delito. Quizás, si tuviera suerte en la sustracción de aquella hermosa pintura, se la pudiera ofrecer a Picasso o al poeta Apollinaire, interesados en esa época, en algunas obras de arte robadas del Louvre o eso era lo que se decía de aquellos jóvenes artistas. Con tantas historias inventadas para crear fama, vaya uno a saber cuál viene a ser real, pero ese no era el objetivo del abuelo. Por eso lo sacó rápidamente de sus pensamientos. La verdad era que al abuelo se le había metido en la cabeza que se tenía que robar La Gioconda. Desde que la vio por primera vez, colgada en el salón Carré, quedó enamorado de su sonrisa, de su intrigante mirada, del perfecto sfumato logrado por Leonardo. El abuelo no pudo contener los deseos insanos de hacerla suya. Se preparó para la consumación del robo, quedaba un largo verano por delante y, un intenso análisis de lo que había observado en aquellos días. Entonces que no vengan a decirme ahora, que fue una tarea fácil. Sí, el amor había llegado a primera vista, pero lograr obtenerlo era lo complicado.

Pasó un mes más, mientras el abuelo hacía los contactos para conseguir al mejor falsificador de obras de arte. Él tenía muchos amigos influyentes, aunque no le gustaba hablar mucho sobre el asunto en ciernes, después daría más detalles cuando todo estuviera adelantado y, si querían más, en el momento cuando todo hubiera sido consumado. Hace un siglo, La Mona Lisa no estaba enmarcada por un cristal de seguridad, sino que colgaba de una pared, como cualquier otra pintura, entre dos cuadros de similares dimensiones y bajo el inmenso lienzo de Paolo Veronese: La fiesta en la casa de Simón el fariseo. Tampoco era tan famosa –como lo fue posteriormente y lo es ahora– y no estaba custodiada por guardias de seguridad. Mi padre me contaba que el abuelo, ya elaborado todo el plan maestro, un martes bien temprano en la mañana –aquí recalaba que el robo no se había cometido un día lunes como aseguraron después los medios y la policía francesa– salió de su apartamento, ubicado en la calle del Hospital Saint Louis, en busca de su amor platónico. Aprovechó que era el primer día de la semana cuando el museo abría nuevamente las puertas y, a primera hora, ingresó por la puerta principal como un visitante más. En uno de los baños se cambió la ropa que llevaba puesta y, se puso el vestido que acostumbraban a usar los trabajadores del museo. Salió de ahí y fue directo al salón Carré, esperó con paciencia a que una pareja y una mujer solitaria que se encontraban viendo los cuadros tomaran rumbo hacia otro salón. Luego se encaminó hacia el lugar donde estaba colgado el óleo. Con la agilidad de un lince y, con mucho cuidado para no estropear la pieza, descolgó a su amor de la pared. Después, sin olvidar la importancia de ser cauteloso, recorrió pasillos solitarios, en uno de los cuales se detuvo, arrimándose a un rincón, para quitarle el marco y el vidrio al cuadro. Avanzó por otros pasillos, ocultándose tras las columnas al ver a uno que otro vigilante haciendo su ronda, hasta encontrarse con un cómplice que lo ayudó a meter la tabla en una bolsa que este había llevado y, posteriormente, a salir del museo por una de las puertas de servicio. Este hombre resultó ser Vincenzo Peruggia, el mismo que dos años



*Ilustración:*  
MELISSA ARISTIZÁBAL

después, devolvería el cuadro a las autoridades francesas, como lo había acordado con el abuelo, el mismo que ganaría fama por ser acusado del robo que hizo célebre a la Mona Lisa y, que estuvo cerca de un año en la cárcel.

Recuerdo cuando mi padre me mostró por primera vez el óleo y, me comentó que ese era el amor de mi abuelo. Como dije anteriormente, yo aun era un niño, un pequeño niño ignorante que no lograba entender todo lo que mi padre me contaba.

– ¿Cómo te parece el amor de tu abuelo? –me preguntó. Yo le dije: – ¿Este es el amor del abuelo? Pero padre, no se parece en nada a la abuela –mi padre sonrió y me comenzó a hablar sobre los asuntos del amor, sobre las clases de amor y sus diferencias.

– El amor es... –comenzó a explicarme, pero yo no voy a hacerles un tratado sobre el amor en esta historia, por eso paso ligeramente por esta cuestión y me adentro nuevamente en mi relato.

Mi padre murió hace un año y por eso, hoy he querido revelarles la verdad. Por eso y, por ver cómo, en un programa de televisión, dedicado al Louvre y a la Mona Lisa, todas aquellas personas que visitaban el museo se agolpaban, apretujadas, admiradas, aleladas, boquiabiertas, para ver la gran obra maestra expuesta en él. Ninguno de los presentes quería despegarse del sitio donde parados, observaban aquel pequeño óleo, aquella pintura que les endulzaba la vista. No era para menos, en el museo es la más visitada, la más vista, la más celebrada, la más fotografiada. Dicen que es de Da Vinci y, habrá que creerles a los historiadores, a los analistas, a los expertos. Todas esas personas habían ido al museo para ver de lejos, ya que no la podían admirar de cerca como se puede hacer con cualquier otra obra de arte expuesta en las paredes del museo. Aquella Mona Lisa encerrada en su cárcel de cristal, tomándole fotos con sus cámaras y con sus celulares, sin la posibilidad de de-

tallar la pintura de Leonardo, sin tener la más remota idea de que la pintura que apreciaban es una falsificación, una mentira más como la que leí alguna vez, en un libro sobre la Mona Lisa, donde el autor la sitúa en la carátula del disco Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band de los Beatles, tal vez confundiéndola con el yogui y gurú hinduista Paramahansa Yogananda, porque en realidad, la Mona Lisa no aparece en esa carátula. También me río, pensando en toda esa farsa mediática a la cual fue arrastrada la pobre Gioconda, mientras que, recostado en mi cómodo sillón de cuero, con las piernas cruzadas y fumando un habano, calentándome de este frío atroz que está haciendo hoy, con una copa de un excelente coñac entre las manos, aprecio el legado que le dejó mi abuelo a mi padre y que, a la vez, mi padre me legó a mí. Es un ritual que llevo a cabo cada semana desde hace ya un año: me sirvo un coñac o un whisky, dependiendo si es invierno o verano, abro las puertas de la caja de seguridad donde conservo, en condiciones saludables y apartado de cualquier intruso, el amor del abuelo. Luego me recuesto cómodamente en el sillón, ubicado frente a la caja y la pintura, para admirar aquella extraña sonrisa, aquella mirada enigmática, la misma mirada que sedujo a mi abuelo hace ya un siglo atrás.



# De un lado la pared y del otro el precipicio

---

CAMILO ANTONIO ARIAS CAMACHO

Pseudónimo: *George Harrison*





*Ilustración:*  
ALEJANDRA ESPARZA

Cuando vi de nuevo la plaza de mercado de mi pueblo, recordé los cuerpos inertes apilados en el centro de la plaza, en espera de su traslado a alguna parte. La plaza funcionaba como la morgue del pueblo, antes de que la guerra menguara y se construyera una de verdad, ahora que no se necesita tanto.

Mi tía Penélope me recibió con una sopa y un plato que traía arroz, carne, papa y frijoles. Todo acompañado de un jugo de guayaba y, una disculpa por la pequeña cantidad que me ofrecía para comer. Antes de pasar a la mesa, la saludé y le dije que la extrañaba mucho. Ella sonrió de medio lado y me dijo que fuera rápido a la mesa, antes de que se me enfriara la comida. Una vez allí, le pregunté por mis papás y, ella me contestó que mi mamá estaba en la finca y que mi papá nada que aparecía. Después de decirme que me veía muy delgada y, preguntarme, si estaba comiendo bien, me trajo una cerveza fría.

El camino a la finca es una trocha amplia. Del lado izquierdo, uno se estrella con el vacío, del lado derecho, con la montaña. En invierno hay que andarse con cuidado, porque de la misma manera que cuando nací, cuando me fui y, ahora, si hay invierno, hay derrumbes y uno puede terminar en el vacío o sepultado por la montaña. Lo que pude ver fue el paisaje. Desde San Roque, se puede ver el nevado, la cordillera y el Sol. La belleza del lugar me hizo olvidar por un momento, la desaparición de mi padre.

No era la primera vez que mi padre desaparecía. Cuando se ponía a tomar no lo paraba nadie y, si por casualidad, alguien le tocaba el tema de la política, ahí se quedaba, hasta quedar absolutamente

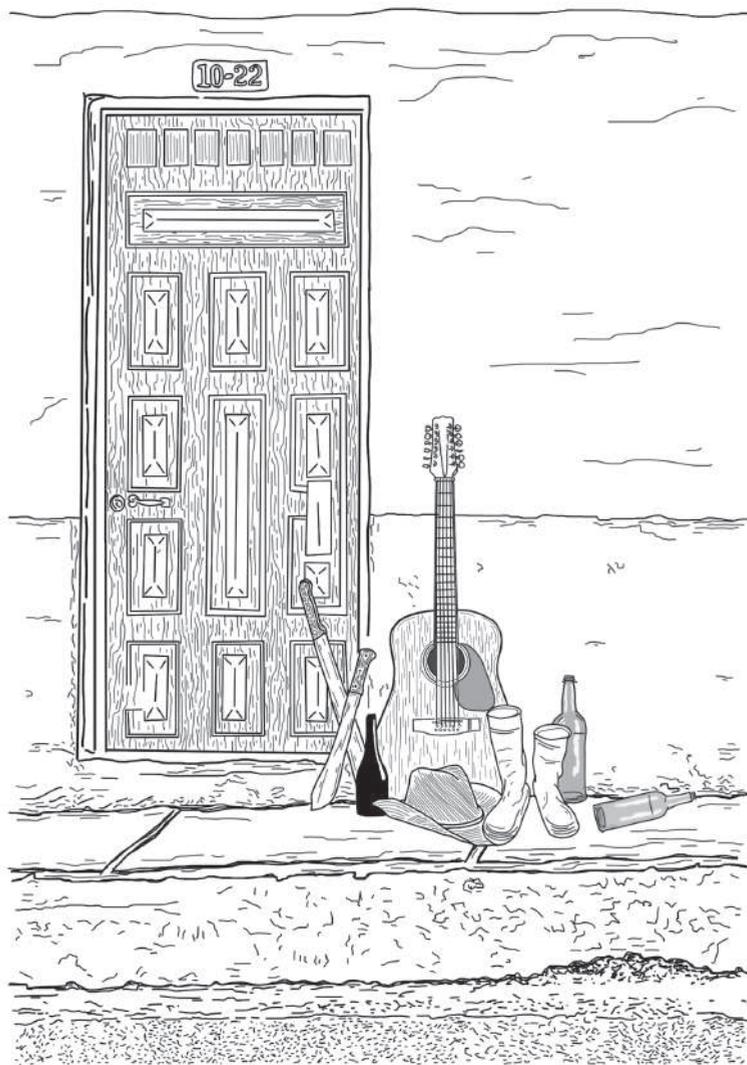
seguro de que había vencido a su contendor de turno. A veces, se iba con mi tío a las ferias de Santa Ana o de San Antonio y, allá seguían tomando y bailando. Cuando eso, antes de que se desapareciera, ya alguien que lo había visto por el camino, nos había dicho que estaba tomando. Los chismes corren muy rápido por San Roque, más rápido que los mensajes del teléfono celular que por demás, solo entran al lado de la casa de mi tía Penélope.

Mi madre me gritó emocionada que, se alegraba mucho de verme, que tenía muchas cosas que contarme acerca de mi papá. Por el camino, había interrogado a todos los sanroqueños para saber el paradero de mi padre. Todos me dijeron: “Yo no sé nada”. Eso era algo que habíamos aprendido en San Roque: en boca cerrada no entran moscas.

Abracé a mi madre y, soltamos unas lágrimas en silencio. Luego, me preguntó si estaba comiendo bien. Me dijo que me veía muy flaca y ojerosa. Antes de que pudiera contestarle cualquier cosa, me haló hacia la casa de mis abuelos y me sentó en el comedor, dejándome instalada, mientras me traía una sopa y un seco que tenía pollo, arroz, lentejas y papa sudada. Mientras comía, me empezó a hablar de papá. De lo raro que era el hecho de que nadie supiera algo de él, nadie excepto ella. Ella sí sabía quién era él. Mi madre empezó a hablar de toda su vida. Desde que mi padre desapareció, mi madre no para de hablar. Siempre está afanada por contar algo, sobre todo de su triste pasado.

Mi padre no era un buen esposo. Nunca podré olvidar que un día, cuando llegué de la escuela, corrí al comedor a saludar a mi papá y, no lo encontré, luego fui para el patio y tampoco lo encontré. Allí estaba mi madre, amarrada al árbol que teníamos en la mitad del patio, sangrando por la boca, con la espalda descubierta y marcas de latigazos.

Mi mamá siguió contándome, sobre la tragedia que había sido estar con mi padre. Cuando terminé mi comida, la interrumpí y le pre-



*Ilustración:*  
SANTIAGO GÓMEZ

gunté, si sabía en dónde estaba él, si estaba bien o si estaba mal. Me respondió que me esperara y, me contaba bien cómo era la historia, nunca la escuchaba alguien. Siguió contándome sus desgracias pasadas hasta que fue hora de dormir.

Cuando desperté al siguiente día, el primer pensamiento que se me vino a la cabeza, fue que mi madre le había hecho algo en venganza. Por las dudas, fui al patio de nuevo, a ver si, encontraba a mi padre amarrado al árbol. Pero nada, no estaba tampoco ahí. Revoluqué todas las habitaciones de la casa en busca de alguna pista del paradero de mi papá y, encontré unas cartas que le había escrito a mi madre antes de que se casaran.

Resulta que cuando eran jóvenes, mi madre era la mujer más hermosa del pueblo y mi padre la cortejó durante mucho tiempo. Cuando eso, mi madre no le ponía atención y, estaba enamorada de un campesino que tocaba muy bien la guitarra. Mi padre, como pudo, montó un comercio en el pueblo. Obtuvo una cantidad de dinero considerable y con su voluntad férrea, siguió detrás de mi madre. Ella seguía enamorada del guitarrista, pero él se fue con otra mujer, según dicen, como fruto de los rezos que le hizo la bruja del pueblo. Cuando finalmente, el guitarrista se fue con la otra mujer y mi mamá empezó a ir a la iglesia, mi papá y ella, agotada por el amor perdido y entusiasmada con la voluntad de mi papá, se casaron.

Al no encontrar pistas con mi madre, salí entonces hacia donde estaba la bruja. Intenté recordar que cuando eso, ella vivía en un rancho con piso sin pavimentar y un olor nauseabundo. Entonces, yo no iba por allá ni de riesgo.

Golpeé la puerta y nadie salía. Pensé que la vieja tal vez había muerto. Golpeé con fuerza por la rabia que tenía de no saber algo. Escuché unos pasos y, la vieja me abrió la puerta y me dijo: “siga niña que está haciendo frío”. Entré en la casa, no era nada como me la había imaginado en la infancia. En aquella época, yo creía que tenía cabezas de humanos en las paredes, fetos en la cocina y escobas por

todo lado. En realidad, era una habitación muy pequeña con un televisor de mala imagen. Los muebles se veían muy viejos y, tenía unas fotos de ella cuando era joven; en algunas sonreía.

Le pregunté a la bruja, si sabía en dónde estaba mi padre o si sabía qué había pasado con él. Me pidió dinero y luego, me contó la historia. Según ella, mi padre había encontrado un día una guitarra en la casa, atrás de la tienda que tenían mis padres. Le preguntó a mi madre por la guitarra y ella le contestó que, se le había quedado a una muchacha del campo que tocaba muy bonito.

Luego de un par de semanas, mi papá escuchó, tarareando contenta a mi mamá y, se enloqueció de celos. En esa época, mi papá estaba yendo a la iglesia todos los días, pero ese día, no se aguantó y se fue a buscar al guitarrista. Lo encontró, sin su guitarra, en el billar del pueblo y lo desafió a un duelo. El guitarrista era mucho más grande que papá y, estaba muy tomado, por lo cual aceptó. Mi padre fue por un machete y un cuchillo de cocina y, le dijo al guitarrista que eligiera su arma y se verían solos en el ramal a las seis de la tarde.

El guitarrista salió del billar y decidió que, mejor que ir a enfrentar a mi padre en el ramal, iba a ir a visitar a mi madre. Todavía la recordaba como una señorita muy hermosa que le sonreía con picardía y, que bailaba con muchísima gracia. Durante un tiempo quiso ser su novio, pero ella empezó a comportarse muy extraño. Después, los dos se casaron, ella con mi padre y él con la otra señora. Ahora, el volvía al pueblo y tal vez, podrían hacer de cuenta que el tiempo no había pasado y, sonreírse de nuevo con picardía, con algunas arrugas más. Cuando eso, mi padre se fue para el ramal y, dicen que se cansó de esperar y se fue para la casa. La bruja no dijo nada más, solo que cuando eso pasó, mi madre empezó a hablar y no se calló nunca más y, que ahora, en los caminos de San Roque, por un lado, uno se estrella con la montaña y por el otro, con el abismo.



# La física, la química y el cielo

---

CLAUDIA LAGO MORENO

Pseudónimo: *Antonia Storni*





*Ilustración:*  
JOSÉ ALEJANDRO AQUITE

Cuando las puertas de vidrio se abrieron, sintió cómo ese frío helado le volvía la piel de gallina. Entregó su identificación y quedó expuesta a las miradas fijas de varios hombres y mujeres que parecían anhelar y explorar su cuerpo: sus caderas anchas que sobresalían por los lados del jean, tan ajustado que por alguna oculta ley de la física, lograba sostener toda esa grasa con un botón que imitaba un diamante y, aun así, todo el sobrante de su masa corporal salía a flote en el ombligo, que ya no era redondo, sino que formaba una media luna, imitando una tímida sonrisa. Leyó un letrero que decía “Quitarse los zapatos, las chaquetas o abrigos y los cinturones”. Entonces, se tuvo que zafar el botón del jean con extremo cuidado de no dañar sus larguísimas uñas en acrílico, para poderse agachar a quitarse los zapatos, sin abrir el botón del jean. Fue así, como utilizando solamente la yema de los dedos, se agachó y desbordó ante el repaso de semejante público atónito, todo lo que el pantalón sostenía. Se quitó los zapatos y los pies sudados le hicieron dar un pequeño resbalón en ese mármol frío, brillante y liso. Continuó con la chaqueta.

- Buenas tardes: nombre completo y profesión por favor – Le dijo un oficial vestido de verde olivo.

- Milagros Grandeth Socarrás. Mi profesión es Acompañante personalizada.

- ¿Esa que profesión es? – Graznó el oficial, levantando la mirada hacia Milagros por primera vez.

- Pues puta, desde los 16. Y a mucho honor.

- La prostitución está prohibida en este país, así que le sugiero module su vocabulario o de aquí no sale.

- Bueno mi vida, escribe ahí que soy masajista, contestó rápidamente.

- Eso está mejor, aquí las cosas hay que suavizarlas, uno no anda por el mundo hablando sin pensar, señora. Agradezca que estoy empezando mi turno, porque siguiendo las normas, debería retenerla aquí por burla y desacato a la autoridad.

- Bueno mi niño, lo que pasa es que yo estoy muy nerviosa. Tú, perdona en todo caso. Y lo miró con cara de niña ingenua, como buscando un perdón.

- Señora, siga por favor y modúlese un poquito, le dijo, mientras estampaba varios sellos que sonaron como si fueran martillos.

Caminó muy rápido, un caminar cargado de nervios e incomodidad. Logró por fin, sentarse en una silla y, pudo descargar todos los maletines que traía consigo. Ya tenía las palmas de las manos rojas y con las marcas de las agarraderas por el peso. Se le rompió la cremallera de la cartera. Entre el cuero de mala calidad y la cantidad de cosas dentro, la pobre no pudo resistir, dejando al descubierto un cepillo, un sándwich y unas chancletas. Y así, con el bolso roto y dos maletines de plástico en cada brazo, uno con piolín y el otro con un dibujo del demonio de Tasmania, comenzó a buscar la puerta B2.

- ¿Dónde queda la puerta B2? – Preguntó, mientras se ponía la chaqueta, obviamente una talla más pequeña.

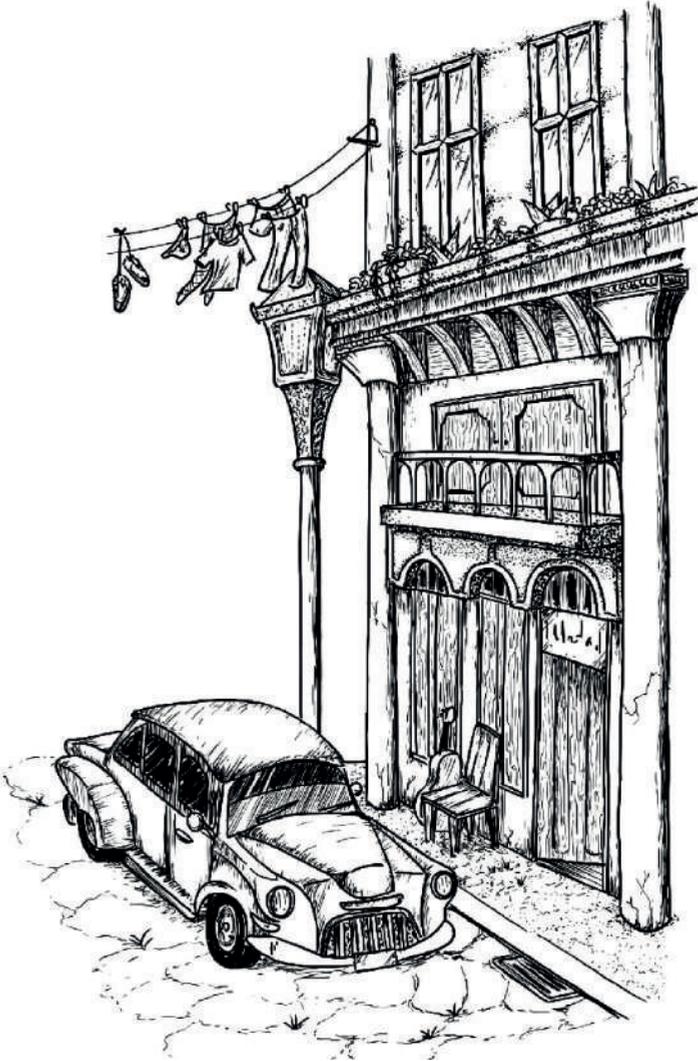
- ¿Hacia dónde viaja?

- Voy para Miami.

Milagros tenía 43 años, era una mulata alta, con el pelo ondulado por los rolos que se ponía todas las noches, las cejas perfectamente arqueadas y pintadas en exceso, la boca grande y linda, los dientes torcidos y amarillos por el paquete y medio de cigarro que se fumaba al día, con una tacita de café frío, y con el incisivo lateral derecho forrado en oro. Las tetas siempre se le veían blancas, por la cantidad de talco que se echaba, lo que hacía relucir más la cadena también de oro, que colgaba en su cuello con un dije de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, las uñas de las manos y de los pies siempre pintadas de colores brillantes, y toda su ropa a punto de explotar.

Era agosto de 1973, hacía pleno verano en La Habana y, lo único que se percibía fresco era el malecón. Milagros sintió que le tomaban fotos, sentía ese lente atravesar su ropa, sus entrañas, sus pasos... Se intimidó, se apresuró y entró en el FOCSA, uno de los edificios más emblemáticos de la bella Habana y, además, una de las joyas de la ingeniería civil del barrio El Vedado. Su forma curvilínea y su extraño color verde, lo hacían particular; en los bajos había restaurantes, tiendas, oficinas y en los demás pisos, estaban los apartamentos, dicen que los más lindos de Cuba, con una de las mejores vistas de la ciudad. Todo un privilegio vivir ahí.

Milagros había ido a llevarle una cadenita de oro a Olga, una rusa que residía en Cuba y, que, pese a los apasionamientos políticos, se dedicaba a vender cosas en oro, mientras que, en las noches, manejaba un grupo de análisis marxista leninista, con las paradojas de la revolución. Al salir Milagros de ver a Olga, con la intención de recibir siquiera 6 dólares, se tropezó con aquella cámara que la había desnudado cuando atravesaba el frío corredor de la mole de cemento que era el FOCSA. Allí se conocieron, en ese frío ascensor con otra persona que les intentaba vender algo que ya ni recuerdan y, que sobraba claramente. Pudieron más las ganas que otra cosa, buscaron sentir sus brazos cerca, se preguntaron los nombres, aunque al segundo los habían olvidado, salieron caminando juntos e intentaban preguntarse con timidez, qué hacían en sus vidas. Las



*Ilustración:*  
JUAN SEBASTIÁN RAMÍREZ

feromonas comenzaron a trabajar y, del ascensor fueron a tomar café, del café pasaron a unas cervezas y, con estas terminaron en el apartamento de Efraín, con la excusa de buscar unos documentos. De su casa no salieron en los siguientes tres días; esas 72 horas bastaron para conocer y amarse como nunca antes, pero nada es eterno. Efraín se iría la próxima semana a vivir a Miami, cumpliría su sueño de irse a los Estados Unidos y, más aun, de ser un profesional exitoso, estaba seguro que sería uno de los mejores fotógrafos del mundo. Ella en cambio, no tenía sueños, su futuro era su presente, su deseo era ir en las noches al muro del malecón, a darse besos con cualquiera hasta que ya no sintieran las lenguas y, la boca tuviera ese sabor a sal que deja estar mucho tiempo cerca del mar. Se juraron amor eterno y, él le prometió que la buscaría y que dentro de muy poco, estarían juntos.

El tiempo pasó y Milagros nunca lo olvidó. Dejó de extrañar y pensarlo, siguió su vida, tuvo una hija quien sabe de quién y, a quien llamó Giselle, como el ballet, pero todos le decían Yiyo. Vivió de su cuerpo de lunes a jueves, de alguna forma le gustaba saber que era puta, pero también amante, que sus clientes aparecían entre las 9 de la mañana y las 3 de la tarde, justificando sus ausencias en los trabajos con reuniones y, con la tranquilidad de que sus esposas jamás sospecharían de sus vagabunderías en esos horarios, lo cual era perfecto para ellos y para Milagros, porque era justo en el horario del colegio de Yiyo y, así tenía los fines de semana libres, para ser una excelente mamá. Los lunes llegaba Roberto, era el director de una clínica, un negro alto, calvo y muy elegante; los martes aparecía Víctor, un profesor de física de la Universidad de La Habana que la única mujer que había tenido en su vida era Milagros; los miércoles como al medio día, llegaba siempre Guillermo con el almuerzo; este era el que más le gustaba, era un viejo español que vivía en Cuba desde hacía varios años y, desde que vio a Milagros caminando un día por la calle 23, se enloqueció, como decía él “no hay piernas como las de mi mulata” y, los jueves llegaba Fabricio, un dirigente del partido, amargado y envidioso, que le hacía el amor, quejándose de cómo la gente en Cuba, incumplía con las

normas del gobierno. Aun así, su mente hizo maravillas con Efraín, cada vez que conocía a un hombre y algo no le gustaba, pensaba que seguramente Efraín sí sería diferente. Así, esos 3 días en aquel verano de 1972, terminaron, construyendo el hombre ideal de Milagros con la cara de Efraín, pero no era él, era sencillamente, el imaginario de tantas ausencias en la vida de ella.

Habían pasado 23 años, cuando Milagros vio una invitación en Facebook que la llevó al borde del desmayo.

- Yiyoooooo, corre y tráeme algo frío que me va a dar un infarto. Ay, Dios mío, ayúdameeeeeee, me muerooooooooo.

- Mamá, qué te pasa, gritaba Giselle, al ver a su mamá, desgonzada en el sillón de la casa.

- Lázaro, corre que a mi mamá le dio algo – ¡Auxilio! Llamen una ambulancia.

La gritería se oyó en todo Centro Habana. Llegó una ambulancia, la patrulla de la policía, todo el edificio salió a ver en qué podía ayudar y, se asomaron todos los que venían pasando por la cuadra, una cuadra llena de sábanas, ya no blancas, sino de muchos colores desteñidos, colgadas por unas cuerdas que milagrosamente, se unían entre los balcones de edificios que quedaban uno frente al otro, atravesados por Calle Obispo.

- Ya estoy bien, mi gente, muchas gracias - Se repuso Milagros – Pon a hacer un poquito de café Yiyo, hazme el favor mija. ¡Ah y préndeme un cigarrito!

- Mami pero que fue lo que te pasó, me asusté mucho. Pensé que te me morías aquí mismo, en mis manos - Decía entre lágrimas Yiyo, mientras intentaba prender unos fósforos para encender el cigarro de Milagros -

- Ay mi niña, no llores - le dijo Milagros - Mala hierba nunca muere y, todos se echaron a reír. Dio una calada al cigarrillo y, soltando el humo, suspiró como si hubiera vuelto a nacer.

Cuando media Habana se había ido del diminuto apartamento de Milagros, quedaron en él los más cercanos: Lázaro, que era el primo de Milagros y además, el carnicero, vigilante y encargado del orden de la cuadra; Bertica, su vecina de toda la vida, una viejita de 90 años, arrugada como una uva pasa, flaca y encorvada, siempre en pijama y con unos tenis negros; Graciela, su vecina de puerta con puerta, su amiga entrañable y, por supuesto, Yiyo. Me voy para Miami – gritó Milagros - Efraín apareció, me escribió por Facebook, él se va a encargar de todo. Solo debo esperar que me mande los pasajes, ¿pueden creer esto?

Aterrizó en Miami a las cuatro de la tarde y, al salir, la estaba esperando un conductor con un letrero que decía su nombre. Milagros no podía creer tantas atenciones para ella; en el carro había de todo para comer, agua de varios sabores, champagne y un ramo de flores que decía: “Bienvenida amor de mi vida”. Llegó a un edificio en Brickell. Se abrieron las puertas en un lobby lleno de inciensos, con una estatua de Buda y una alfombra persa. Subió hasta el piso 46.

- Bienvenida, quítate los zapatos, por favor – le dijo Efraín, asomándose atrás de la puerta.

Sí, sí claro, ya me los quito. Le respondió, mientras le temblaba la voz como cuando estaba en el colegio.

Se abrazaron tanto que, ya había caído el sol cuando Milagros por fin logró abrir los ojos. En ese instante, ella pudo volver a ver después de tantos años, su cuerpo, su altura, su espalda, sus manos, su calor... Se apartaron al fin y Efraín se quedó mirándola de tal forma que, ella no sabía qué pensar. En sus ojos, se veía desencanto, vacío, tristeza ...

- Voy a poner tu maleta en el cuarto de huéspedes.
- Pensé que íbamos a dormir juntos.
- No sé la verdad, perdona Milagros.
- ¿No viste lo que creías verdad?
- No es eso Milagros, es que ha pasado tanto tiempo y, estás tan cambiada.
- No he tenido una vida fácil
- Me imagino, y lo siento, pero no podríamos ir ni a la esquina juntos, nos veríamos raros. Ya no somos los mismos, cuando te escribí, me dejé llevar por mis recuerdos de un joven de 20 años y, te confieso que moría por verte, quería darle frente a tu fantasma después de tantos años. Pero me imaginaba que iba a sentir algo distinto.
- Entiendo Efraín, no te preocupes.
- Todos los cubanos tienen a alguien aquí en Miami. Si quieres, comunícate con alguien que tengas acá, para que salgas estos días en lo que llega tu vuelo el domingo. Yo te voy a regalar 400 dólares para que compres cosas baratas de esas que les gustan a los cubanos, te las puedas llevar y allá las vendas.
- No, muchas gracias, yo no voy a llevar a vender algo, ¿y tú ya no eres cubano o qué?
- No, yo soy americano desde que llegue acá.
- Cada uno se fue a su cuarto y, Milagros con el corazón deshecho, esperó pacientemente entre lágrimas, dolor y rabia, a que fuera el domingo y saliera su vuelo para La Habana. Sentía vergüenza de estar ahí, de parecer de 70 años y él de 30, de no haber tenido sue-

ños, de no ser bienvenida y de cómo la vida se le pasó por delante, así, en un abrir y cerrar de ojos. Aterrizó a la una de la tarde y, todos estaban esperándola.

- Llego la *miamense*. No nos aguantamos y te vinimos a esperar.

- Gritó Lázaro, mientras Yiyo, Bertica y Graciela corrían a abrazarla.

- ¿Mami cómo te fue? – pregunto Yiyo. Cuéntanos todo por favor.

- Les cuento que me fue fenomenal. La pasé increíble, salí a comer a unos restaurantes elegantísimos con Gloria Stefan, comiendo ahí al lado mío. Paseamos en el yate privado de Efraín por las playas de Miami. En fin, lo que les cuente es poco. El mejor fin de semana que he pasado en mi vida. Pero nada como mi Habana, por eso regresé. Él lloró mucho y todo, pero yo prefiero mi vida acá, así que vamos rápido para la casa a preparar un buen cafecito.



# Los últimos Ciendúa

---

ANDRÉS FELIPE VELÁSQUEZ GÜECHA

Pseudónimo: *Lobo*





*Ilustración:*  
MARIANA ORTEGÓN

A yo se me empezó a ir la felicidad, cuando me apodaron la partera, no porque no estuviera orgullosa de lo que soy, sino por las mujeres que se me fueron en todo este proceso. Siendo sincera con sumercé, yo no sabía muy bien por qué se me iban. Lo único cierto es que la vida de todas ellas se me empezó a ir de a poquitos, desde que a los hijos del coque se les dio por invadirnos con su fiebre del oro plateado.

Enenantes, la vida era más sencilla. No había tanto lujo ni zalame-ría. Vivíamos más allá de esa montaña toda quebrada que vusté está viendo. Más allá del aire rojo y del gigante de hierro, allá bien arriba, vivía su servidora, en Betétiva, ese era mi hogar, ese era mi pueblo.

Yo sé que, desde acá, la tierrita no se ve, pero yo no le digo mentiras, al decirle que es bien bonita. Por allá en Betétiva, los días comenzaban entre claros que no se ven y sombras que los atacan, sombras que primero vuelan, pero que luego, se cansan y se van andando, agotadas por el peso de sus ruanas, faldas y ofrendas que le llevan en romería a la Santísima Rita de Casia. Antes de que Betétiva se desarropara, nosotras ya le habíamos rezado sus tres Ave Marías y sus cuatro Padre Nuestros. Después de eso, cada quien se iba a lo suyo. Nos caminábamos todos esos surcos de ibias y cubios, buscando a las que les dolía bajito y, que sentían que ya era el momento de soltar su criaturero.

Vusté me ve aquí, toda acartonada con este traje blanco que le sobran los muertos y le falta la vida, rodeada de los fríos que solo

curan el cuerpo, pero a cambio, se llevan el alma. Yo sé que vusted me está juzgando por lo que hice, lo veo en sus ojos y, si hubiera aprendido a hablar, me lo estaría gritando con esa geta.

Yo no la culpo por sus malos pensamientos, pero vusted debe saber que todo esto se torció desde que su taita, el Cándido Ciendúa, se le empezaron a torcer los ojos por mirar tanto para fuera. Eso fue no más ver que el de al lado, se echaba el costal al hombro y le ponía el broche al lote, para empezar la jodedera con mi madrecita y conmigo. Eso nos decía que nos bajáramos al centro que, por acá, la tierra era más buena que, irnos era buscar el porvenir, que si los lotes se estaban desocupando era por algo. Todo eso no lo atragantamos con mi madrecita, hasta que nos dijo que disque en Betéitiva no éramos nadies que, por acá, cultivando coque, sí podríamos hacernos un nombre. Ahí sí, no entendimos al Cándido, de dónde le venía ese afán de dejar de ser uno para convertirse en el otro, de dónde le surgió el anhelo de la vida simple y ya escrita, esa que no supone riesgos y que reduce todo al mañana, cuando bien sabe él que eso nunca se agarra.

A yo, qué iba a saber que él ya lo tenía todo listo y palabreado, a yo qué iba a saber que, a su taita, le iba a dar por dejarnos botadas solo por irse a buscar el porvenir. Nadies se hubiera atrevido a decir que al líder de Betéitiva, el Cándido Ciendúa, se le llenara el ánima de codicia. Nadies hubiera dicho eso, porque es que su taita fue uno de los que levantó ese pueblo a punta de azadón.

Yo es que recuerdo eso como si hubiera sido ayer.

La madrecita levantaba al Cándido con su buen tazón de chicha, mientras a yo le dejaba limpia la ruana. Y eso se iba su taita por allá encima, trezado a la montaña, buscando que le hablara la tierra. Eso no aparecía en todo el día y nosotras, aprovechábamos para bolear quimba por los surcos, atisbando por la matriz que ya oliera a vida. Como yo era pequeña, la madrecita me decía que me agarrara fuerte de la falda, y yo me agarraba refuerte y revolaba pierna, para no quedarme atrasada. Eso al principio, solo miraba a mi madrecita

ayudar a cada pariente con la llegada del criaturo. Arrimábamos un jurgo de costales contra el suelo, uno al lado del otro, le decíamos a la pariente que se acomodara como quisiera y, que luego, respirara pasito. Ahí palante, ya solo atalayaba a mi madrecita, yo la veía quedita, sin interrupciones porque donde metiera la mano, me daba en la geta con el barzón. Ay, sumercé, si vusté supiera la fermosura que es un parto. Eso es pura risa al inicio, luego uno sí se calla, para que la mamá hable con el hijo. Ahí toca dejarlos hablar porque si no, después no se reconocen. Mi madrecita me enseñó que, en el parto, nos habla la tierra, se comunica con gritos y gemidos, llora porque nos tiene que soltar, pero siempre lo hace a gusto, porque sabe que somos sus hijos, somos hijos del campo, de la tierra y, sabe bien que volveremos a ella.

De a puchos, fui entendiendo el surullo que es vivir y recibir vida. Mi madrecita se dio cuenta de eso, antón ya me dejaba hacerle los ataos de leche con toronjil para las parientes, me insistía en atabalar la mano con suavidad y firmeza en cada vientre, hasta me dejó tomar al criaturo apenas salido de la natura. Eso salían chiquirriquiticos y chitiados como vusté.

En esta vida, toca aprender a dejar ir, a soltar, a regresar lo prestaó, pero la purítica verdad, es que solo hasta hoy vine aceptar eso. Primero fueron las parientes las que se bajaron al centro, después fue la tierra la que dejó de gemir: los papales se secaron, al jute le dio por empezar a saber agrio y, los cuatromanos no aguantaron tanta pena. Ahí fue cuando el Cándido Ciendúa nos dijo que ya era hora de partir, de dejar Betétiva y cultivar el coque. Yo le dije que la tierra no se abandona, que yo no sé de pesos pero que yo sí sé de vida. El Cándido se detuvo y patió los surcos, agarró el azadón y le quitó la tierra del filo, me miró y me dijo:

- Aquí no hay vida, partera.

A su taita lo vine a ver por última vez, el día de hoy. Eso tenía una cara de perdido entre tanto baldosín blanco y gente bajita de vida que se notaba que no se hallaba. Yo hasta dudé que fuera el Cán-



*Ilustración:*  
MARÍA ALEJANDRA PARRA

dido, porque no se le veía la geta con tan poquita luz que entra por esos vidrios martillados. Me vine a dar cuenta fue no más, hasta verle ese par de ojeras que le sostienen como andamios esa mirada, esa misma que nos dejó a mi madrecita y a mí, el día que nos abandonó. Yo sé que eso fue hace como ocho meses, pero es que no hubo día sencillo sumercé. Desde que ese culiasao se largó, yo le prometí a mi madrecita la bienaventuranza que él nunca le había dado, le dije que juntas íbamos a revivir el lote, porque a la tierra no le importa si el que siembra tiene verija o natura, lo que le importa es la energía que uno le dé. Yo hasta le dije que se alegrara, porque ya no teníamos al Cándido y a su jodedera. A toitico me meneaba la cabeza pa arriba y pa abajo. Yo pensé que me decía que sí a mí, después fui a entender, que se le había metido el rezo de la soledad y que ahí, lo estaba aceptando.

Desde ese momento, sumercé, mi madrecita empezó a mirar solo pal suelo, miraba la tierra día y noche, con el mentón bien pegado al pecho, mientras movía los labios una y otra vez, como si se estuvieran hablando en secreto, como si ella le estuviera pidiendo permiso para hacer algo indebido. Nunca volvimos a partear, con mi madrecita rezada y sin el Cándido en el lote, empecé a virutear pisos de gente pudiente, para poder traer algo de jute a la casa. Yo le daba duro al trabajito, para traerle los mejores abagoes a mi madrecita, pero ella me rechazaba todo, quitaba cuanto jute le acercaba a la geta y, solo se levantaba de la estera para ir al baño.

Con los meses, a mi madrecita se le fue el habla, se le hincharon las piernas y empezó a revolear como un pato. Ahí fue cuando supe, que le debí haber atabaleado el vientre hace tiempo, porque en realidad, nunca miró al suelo sino a la barriga, nunca habló con la tierra sino con la criatura que estaba adentro de ella, nunca estuvo rezada sino en una conversación indescifrable entre ella y el fruto nuevo de estos papales marchitos que se habían dejado en el olvido. Yo le digo una cosa a vusté, la tierra nunca deja de enseñar, siempre nos acompaña y nos muestra el trecho que hay que andar. A

yo creo que se me voló eso en ese momento, porque de la felicidad de saber que mi madrecita no estaba rezada, sino preñada, se me olvidó atabalearle bien el vientre, para entender que esta gracia no vendría sola.

Perdóneme, sumercé, le ruego que me perdone por haber estado enchumada por el orgullo y, por andar endefrente entre los surcos pelados. Perdóneme por ser tan asolapada de creer que ya entendía la vida, por dejarme guiar solo de las vistas y ni siquiera, haberle olido la matriz a mi madrecita. Si tan solo lo hubiera hecho, habría agarrado que la natura no le olía a melao y tierra mojada, sino a carbón quemado y a puro alquitrán. La ceguera se me quitó a los siete meses, cuando en vísperas de la temporada de yelo, se me apareció el Cándido entre sueños. A su taita, yo lo vi igualito, lo único diferente fue que cambió la ruana por camisa y pantalón café, eso estaba sucio y lo sentía hambreado. En el sueño, se tragaba la agua-masa mientras atalayaba profundamente, el vientre de mi madrecita, mientras se repetía a él mismito:

Aquí no hay vida, partera, aquí no hay vida, partera, aquí no hay vida, partera...

Eso apenas me desperté, me fui boleando quimba hasta donde mi madrecita, le agarré bajito y recién me enteré que, esa criatura venía podálico. Antón nos tocó volarnos del lote, echar los tiestos al costal y bajarnos al centro a buscar al Cándido.

A yo nunca había salido de Betéitiva, antón no sabía dónde estaba el centro ni menos, en qué lugar se sembraba el coque. Nosotras solo revoleamos sin descanso, un día a otro, un pueblo tras otro, mi madrecita estaba embejucada por tanto empolvao de trapo rojo y azul que nos recibían en cada entrada. Mientras tanto, yo solo miraba para adentro, sumercé, estaba preocupada porque a mi madrecita ya le iba a llegar la hora de soltar y, el Cándido aun, no se le daba la gana de aparecer. Eso lo buscamos en cada esquina, sumercé,

nos fuimos loma abajo por el Chicamocha, pasamos por Corrales, Sogamoso y Tópaga. Al final, encontramos el cultivo de coque y sus cielos rojos y a su gigante de hierro, pero nunca encontramos a su taita. Yo me atisé que cada geta torcida que negaba la presencia del Cándido en esos surcos de carbón, eran muertes pasajeras, chiquiriquíticas, pero igual muertes para mi madrecita. Y como la tierra reconoce a sus criaturas, ahí fue cuando nos dijo que ya paráramos de bregar por el Cándido porque a mi madrecita, le había llegado la hora de soltar.

Así es sumercé, yo maté a mi madrecita. La maté para tenerla a ustedé, no porque fuera de mi agrado, sino por pura plegaria de nuestra progenitora. A yo sí, me latía que esto iba a suceder, desde que vi al Cándido perdido entre las paredes de calicanto del puesto de salud. Entendí que, en esta ciudad de surcos negros, la vida se da la mano con la muerte y, no se sabe muy bien a quién debemos soltar.

Desde el extremo de la camilla en donde mi madrecita estaba postrada, su taita me atalayaba, me decía que la dejara irse con él que, al fin y al cabo, no importaba que él le llevara ventaja del otro lado del camino, porque la experiencia que ella tenía en recibir vida, le aclararía los atajos que debería tomar en la muerte, para encontrarlo y así reunirse, algún día y en algún punto. Yo me agarré como pude a la camilla, lo hice tan fuerte que solo la solté cuando ustedé salió por la natura, lo hizo sin tierra y sin ánima, sin respirar ni un poquito. Y mi madrecita, trenzando sus manos con las del Cándido, se me fue diciéndome:

- Dígale, dígale mi nombre, porque así se llamará la criatura. Antón yo la sacudí como pude y le grité en su geta:

- Rubiela, Rubiela Ciendúa se llama ustedé.



XXIV Concurso de cuento Ramón de Zubiría  
volumen 24

Se terminó de imprimir en octubre de 2020 en los talleres  
de XPress Estudio Gráfico y Digital SAS.

Para su composición se usaron las fuentes  
Sprat y Baskerville





**E**l concurso de Cuento Ramón de Zubiría se genera desde la asociación de egresados de la Universidad de los Andes (Uniandinos).

Es una convocatoria anual dirigida a los afiliados y su grupo familiar, egresados y estudiantes de la Universidad de los Andes. Está concebido como un espacio abierto donde los participantes con profesión o no en letras, puedan crear narraciones de tema libre.

En cada versión, la convocatoria busca que los participantes hagan una reflexión y plasmen su creatividad mediante los recursos del vasto panorama de las letras.

